

Antón Chéjov
(1860-1904)

Dramaturgo y autor de relatos ruso, es una de las figuras más destacadas de la literatura de su época.

VIDA Y OBRA

Hijo de un comerciante que había nacido siervo de la gleba, Chéjov nació el 29 de enero de 1860 en Taganrog (Ucrania) y estudió Medicina en la Universidad Estatal de Moscú. Mientras estaba en la universidad publicó relatos y narraciones humorísticas en revistas. Casi no ejerció la medicina debido a su éxito como escritor. La primera colección de sus escritos humorísticos, *Relatos de Motley,* apareció en 1886, y su primera obra de teatro, *Ivanov,* se estrenó en Moscú al año siguiente. En 1890 visitó la colonia penitenciaria de la isla de Sajalín, en la costa de Siberia, preocupado por la situación de los condenados a trabajos forzados, posteriormente escribió *La isla de Sajalín* (1891-1893), un relato de su visita. Su frágil salud (padecía tuberculosis, en aquel tiempo una enfermedad incurable) le llevó a trasladarse en 1897 de su pequeña propiedad cercana a Moscú a Crimea, de clima más cálido. También hizo frecuentes viajes a los balnearios de Europa central.

Casi a finales de siglo conoció al actor y director Konstantín Stanislavski, cofundador del Teatro de Arte de Moscú, que en 1898 representó la obra de Chéjov *La gaviota* (1896). Esta asociación de dramaturgo y director de teatro, que continuó hasta la muerte del autor teatral, permitió la representación de varios de sus dramas en un acto y de sus obras más significativas como *El tío Vania* (1899), *Las tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904). En 1901 se casó con la actriz Olga Knipper, que había actuado en sus obras. Chéjov murió en el balneario alemán de Badweiler la noche del 14 al 15 de julio de 1904.

CRÍTICA

La crítica moderna considera a Chéjov uno de los maestros del cuento. En gran medida, a él se debe el relato moderno en el que el efecto depende más del estado de ánimo y del simbolismo que del argumento. Sus narraciones, más que tener un clímax y una resolución, son una disposición temática de impresiones e ideas. Por medio de temas de la vida cotidiana, retrató el *pathos* de la vida rusa anterior a la revolución de 1905: las vidas inútiles, tediosas y solitarias de personas incapaces de comunicarse entre si y sin posibilidad de cambiar una sociedad que sabían que era inherentemente errónea. Algunos de los mejores relatos de Chéjov se incluyen en el libro publicado póstumamente *Los veraneantes y otros cuentos* (1910).

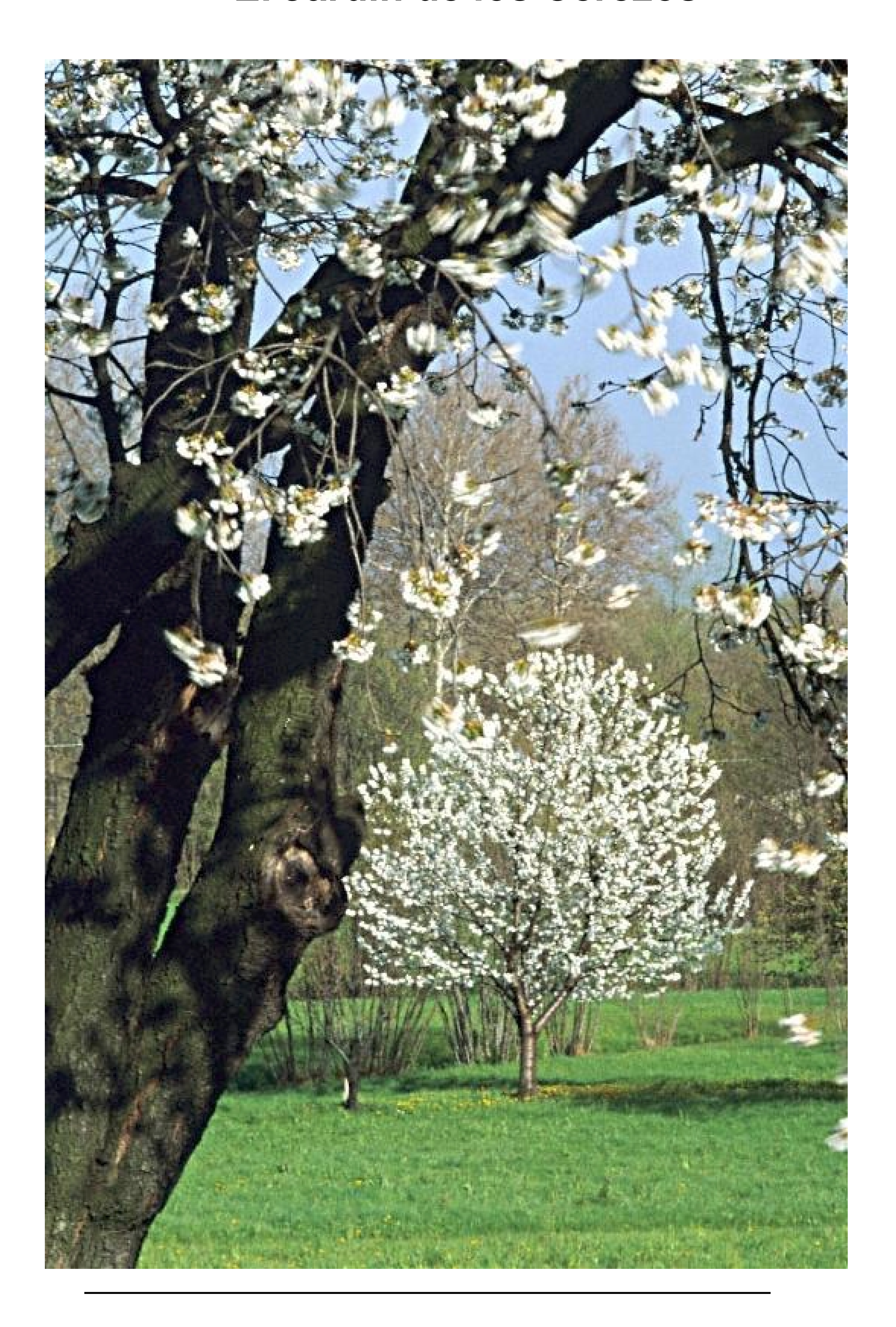
Dentro del teatro ruso, a Chéjov se le considera como un representante fundamental del naturalismo moderno. Sus obras dramáticas, lo mismo que sus relatos, son estudios del fracaso espiritual de unos personajes en una sociedad feudal que se desintegra. Para presentar estos temas, desarrolló una nueva técnica dramática, que él llamó de “acción indirecta”. Para ello diseccionaba los detalles de la caracterización e interacción entre los personajes más que el argumento o la acción directa.

En el teatro de Chéjov muchos acontecimientos dramáticos importantes tienen lugar fuera de la escena y lo que se deja sin decir es muchas veces más importante que las ideas y sentimientos expresados. Algunas de sus obras fueron inicialmente mal recibidas en Moscú, pero su técnica ha sido aceptada por los dramaturgos y los espectadores modernos, y sus obras aparecen con frecuencia en los repertorios dramáticos.

“Chéjov, Antón Pavlovich,” *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 2000.* © 1993-1999 Microsoft Corporation. Reservados todos los derechos.

Anton Chejov

El Jardín de los Cerezos



PERSONAJES

Liubov Andreevna Ranevskaia, terrateniente.
Ania, su hija, de dieciséis años.
Varia, su hija adoptiva, de veintidós años.
Leonid Andreevich Gaev, su hermano.
Ermolai Alekseevich Lopajin, comerciante.
Piotr Sergueevich Tropimov, estudiante.
Boris Borisovich Simeonov Pischik, terrateniente.
Scharlotta Ivanovna, institutriz.
Semion Panteleevich Epijodov, escribiente.
Duniascha, doncella.
Firs, Lacayo, Anciano de ochenta y siete años.
Iascha, lacayo joven.
Un Transeúnte
Una Empleada de Correos.
El Jefe de Estación.
Invitados.
Servidumbre.

La acción tiene lugar en la hacienda
de L. A. Ranevskaia.

ACTO PRIMERO

Habitación llamada en tiempos "cuarto de los niños". Una de sus puertas abre sobre la alcoba de Ania. El sol está próximo a salir. Es ya mayo, En el jardín florecen los cerezos, pero hace frío. Las ventanas se mantienen aún cerradas.

ESCENA PRIMERA

Entran **Duniascha y Lopajin**, el uno con un libro y la otra con una vela en la mano.

Lopajin: ¡Gracias a Dios que ha llegado el tren! ¿Qué hora es?

Duniascha: Van a dar las dos (Apagando la vela). Ya hay claridad.

Lopajin: ¿Cuánto retraso ha traído, entonces?... Por lo menos dos horas. (Bostezando y estirándose). ¡También yo soy bueno!...¡Qué manera de hacer el tonto!...¡Vengo aquí ex profeso para ir a buscarlos a la estación, y me duermo! ¡Me duermo sentado!... ¡Qué fastidio!...¡Si a ti, al menos, se te hubiera ocurrido despertarme!...

Duniascha: ¡Creía que se había usted marchado! (escuchando) Me parece que aquí vienen ya.

Lopajin: (escuchando a su vez) No...Habrá que sacar el equipaje y hacer otra porción de cosas...(Pausa) ¡Cinco años ha pasado Liubuv Andreevna en el extranjero!...Yo no sé cómo estará ahora...¡Es una persona muy buena!... De carácter fácil..., sencillo... Recuerdo que una vez..., cuando era un chiquillo de unos quince años..., mi difunto padre, que tendía entonces una tienda aquí, en la aldea, me pegó un puñetazo en la cara y me empezó a sangrar la nariz... No sé por qué habíamos ido al patio..., y estaba algo bebido... Pues bien, Liubov Andreeevna -lo recuerdo como si fuera ayer-, todavía jovencita y muy delgadita..., me trajo aquí, al lavabo..., en este mismo "cuarto de los niños"..."¡No llores, "mujichok!" -me decía- ¡Pronto se te pasará! (Pausa) mientras yo estoy aquí ahora de chaleco blanco y zapatos marrones...¡Claro que "aunque la mona se vista de seda"!...¡Pero, eso sí..., soy rico! ¡Tengo mucho dinero..., aunque, si se pone uno a pensarlo y a cavilarlo..., la verdad es que no soy más que un "mujik" (Hojeando el libro) ¡Este libro, por ejemplo!..., ¡Me puse a leerlo y no entendí una palabra! ¡Me quedé dormido leyéndolo! (Pausa).

Duniascha: Los perros han estado despiertos toda la noche. Sienten la venida de los amos.

Lopajin: ¡Qué te pasa Duniascha?... ¡Por qué estás tan...?

Duniascha: ¡Me tiemblan las manos! ¡Me voy a desmayar!

Lopajin: ¡Pues no eres poco delicada!... Te vistes, además, como una señorita..., ¡y llevas un peinado!...¡Eso no puede ser!...¡Tiene uno que tener presente lo que es uno!... (Entra **Epijodov** con un ramo de flores. Viste americana y calza unas relucientes botas que le rechinan fuertemente cuando anda. Al entrar se le cae al suelo el ramo).

Epijodov: (Recogiéndolo) Lo envía el jardinero. Dice que es para colocarlo en el comedor. (Entrega a Duniascha el ramo).

Lopajin: ¡Tráeme un poco de "kvas"! [1]

Duniascha: Lo que usted mande (sale).

Epijodov: ¡A estas horas estamos ya a tres grados bajo cero y tenemos los cerezos en flor! ¡No me es posible aprobar este clima

[1] Bebida típica rusa sin alcohol

nuestro!...(suspira) ¡Sí..., Ermolai Alekseich!... ¡Permítame que le diga, además..., que anteayer me compré estas botas que, me atrevo a asegurarle, rechinan de un modo insoportable!...¡No sé con qué engrasarlas!

Lopajin: ¡Déjame!... Me estás aburriendo.

Epijodov: ¡No hay día que no me ocurra una desgracia!...
¡He llegado a no lamentarme de ello siquiera!... ¡Estoy acostumbrado, y hasta me sonrío! (Entra **Duniascha**, que sirve "kvas" a **Lopajin**). Me marcho. (Tropieza con una silla y la hace caer al suelo) ¡Ya!... (Con aire triunfante) ¿Lo ve usted?... Perdón por el incidente..., dicho sea de paso... ¡Este sencillamente notable! (Sale).

Duniascha: ¿Sabe, Ermolai Alekseich?... Tengo que confesarle que Epijodov me ha pedido en matrimonio...

Lopajin: ¡Ahá!...

Duniascha: Yo no sé qué hacer... Es un hombre tranquilo; pero, a veces, se pone a hablar y no hay quien le entienda... Muy bien, eso sí, con mucho sentimiento..., pero de un modo incomprensible...¡A mí también parece que me gusta!... ¡Me quiere con locura!... ¡Es un hombre muy desgraciado! ¡No hay día que no le ocurra alguna mala suerte!... Por eso -para mofarse de él- se le llama aquí "las veintidós desdichas".

Lopajin: (Escuchando) Parece que ya llegan.

Duniascha: Llegan, sí... ¡Vaya! ¡No sé lo que me pasa!... ¡Me he quedado toda fría!

Lopajin: En efecto, llegan. Salgamos a recibirles. ¿Me reconocerá ella? ¡Son cinco los años que hace ya que no nos vemos!

Duniascha: (Nerviosa) ¡Me voy a caer! (Se oye a dos coches detenerse ante la casa. **Lopajin** y **Duniascha** salen precipitadamente. El escenario queda vacío. De los aposentos inmediatos comienza a llegar ruido. Firs, de vuelta de la estación, adonde ha ido a esperar a Liubov Andreevna, atraviesa la escena de prisa, apoyándose en un bastón. Va cubierto de una vieja librea y tocado con un sombrero de copa. Habla para sus adentros y es imposible distinguir una sola de sus palabras. El ruido, al otro lado del escenario, aumenta por momentos. Una voz dice: "¡Por aquí!...¡Venga por aquí!")

ESCENA II

Entran en escena **Liubov Andreevna, Ania y Scharlotta Ivanovna** (ésta conduciendo a un perrito de una cadena), vestida de viaje. Varia lleva un abrigo y un pañuelo a la cabeza. **Gaev, Simeonov-Pischik, Lopajin y Duniascha**, cargada con un bulto y un paraguas, y algunos criados transportando equipaje.

Ania: ¡Entremos aquí! ¿Te acuerdas, mamá, qué cuarto es este?

Liubov Andreevna: (Entre lágrimas, pero alegremente) ¡El cuarto de los niños!

Varia: ¡Qué frío hace! ¡Tengo las manos heladas! (A **Liubov Andreevna**) ¡Sus habitaciones, la blanca y la violeta, siguen como antes, mamaíta!

Liuvob Andreevna: ¡El cuarto de los niños!...¡Mi querido.. mi maravilloso cuarto!...¡Aquí dormía yo de niña! (Llora) ¡También ahora soy como una niña! (Besa a su hermano, a Varia y luego otra vez a su hermano) ¡Varia está como siempre!... ¡Parecida a una monjita!... ¡A Duniascha también la he reconocido! (Besa a Duniascha) ¡Y el tren llegando con dos horas de retraso! ¿Qué les parece?...¡Vaya organización!

Scharlotta: (A Pischik) ¡También come nueces mi perro!

Pischik: (En tono de asombro) ¡Qué me dice! (Salen todos, salvo Ania y Duniascha).

Duniascha:(Ayudando a Ania a quitarse el abrigo y el sombrero) ¡Con qué impaciencia la esperábamos!

Ania: En las cuatro noches que llevo de viaje no he dormido. Ahora tengo mucho frío.

Duniascha: ¡Cuando se marchó usted, era Cuaresma!...¡Estaba nevando y helaba! ¡Ahora, en cambio!... ¡Querida mía! (riendo y besándola) ¡Con qué ilusión la esperaba! ¡Mi alegría! ¡Mi lucero!... Voy a decírselo en seguida. No tengo paciencia para esperar ni un minuto más.

Ania: (Con voz apagada) ¿Otra vez algo?...

Duniascha: Epijodov, el escribiente, después de Semana Santa, me ha pedido en matrimonio.

Ania: ¡Siempre estás con lo mismo! (Arreglándose el cabello) Se me han perdido todas las horquillas. (El cansancio la hace tambalearse),

Duniascha: ¡No sé ya ni qué pensar!...¡Él me quiere..., me quiere tanto!...

Ania: (Contemplando con ternura su habitación a través de la puerta). ¡Mi cuarto! ¡Mis ventanas! ¡Tengo la impresión de no haberme marchado!...¡Estoy en casa!... ¡Mañana por la mañana, cuando me levante, correré al jardín...¡Oh, si pudiera dormirme!...¡No he dormido en todo el viaje! ¡Me consumía la preocupación!.

Duniascha: Anteayer llegó Piotr Segueich.

Ania: (Con alegría) ¡Petia!

Duniascha: Duerme y hace la vida en la caseta de baño. Dice que teme molestar. (Mirando su reloj de bolsillo) Habría que despertarlo; pero no lo permite Varvara Mijailovna. "¡No lo despiertes!", me dijo.

ESCENA III

Entra Varia. De su cinturón cuelga un manojo de llaves.

Varia: Duniascha, trae pronto el café. Mamaíta está pidiéndolo.
Duniascha: Ahora mismito. (Sale)
Varia: ¡Bueno..., pues, gracias a Dios, ya habéis llegado! (Cariñosamente). ¡Mi almita ha llegado!... ¡Mi preciosa ha llegado!...
Ania: ¡No sabes lo que he pasado!
Varia: Me lo imagino.
Ania: Salí de aquí en Semana Santa..., en pleno frío. Scharlotta se pasó todo el viaje charlando..., haciendo juegos de manos...¡No sé por qué me obligaste a ir acompañada de Scharlotta!
Varia: ¿Cómo vas a viajar sola, almita mía?... ¡A los diecisiete años!
Ania: Pues verás... Llegamos a París... Allí, frío...,nieve... ¡Yo hablo horriblemente el francés!... Mamá vive en un quinto piso... Voy y me encuentro con que tiene visitas; unas francesas y un sacerdote viejo, con un libro... Todo está lleno de homo de tabaco... Y, de repente..., ¡me da tal lástima de mamá..., tal lástima!..., que cojo su cabeza entre mis manos, la estrecho contra mí y no puedo soltarla... Después, mamá estuvo muy cariñosa..., llorando...
Varia: (Entre lágrimas) No me lo cuentes... No me lo cuentes....
Ania: Había vendido ya su casa de campo junto a Menton y no le quedaba nada. ¡Nada!... A mi tampoco me quedaba ni una "kopeika"... ¡Apenas si nos había alcanzado para llegar hasta allá!... ¡Y mamá sin comprenderlo!... Figúrate que entramos a comer en la estación y no solo pide lo más caro, sino que después da un rublo de propina a cada uno de los camareros... ¡También Scharlotta, también Iascha, exigen lo suyo!... Sencillamente terrible... Tú sabes que mamá sigue con su lacayo, Iascha. Le hemos traído con nosotras.
Varia: Ya he visto al muy bribón.
Ania: Bueno..., ¿y qué?... ¿Se pagaron los intereses?
Varia: ¡Muy lejos de eso!
Ania: ¡Dios mío! ¡Dios mío!...
Varia: En agosto se va a vender la hacienda.
Ania: ¡Dios mío!
Lopajin: (Con un mugido, asomando la cabeza por la puerta y retirándola en seguida) ¡Méeee!...
Varia: (Entre lágrimas) ¡Con qué gusto le pegaría! (Le amenaza con el puño)
Ania: (En voz baja abrazando a Varia) ¡Varia!... ¿Te pidió que te casaras con él? (Varia mueve negativamente la cabeza) ¡Pero te quiere! ¿Por qué no tenéis una explicación? ¿A qué esperáis?
Varia: Creo que de ahí no saldrá nada... El trabaja mucho y no puede pensar en mi persona... No se fija en mí... ¡Vaya con Dios!... ¡Verle me entristece!... ¡Todos son a hablar de nuestra boda..., a felicitarnos, cuando en realidad no hay nada!...¡Es enteramente un sueño!... (Cambiando de tono) Tienes un broche que parece una abejita.

Ania: (Tristemente) Me lo ha comprado mamá...(Con alegría y en tono infantil) ¡En París he volado en globo!

Varia: ¡Mi almita ha llegado!... ¡Mi preciosa ha llegado!... (Duniascha ha entrado con la cafetera, y está preparando el café). Yo en medio de los trajines de la casa, me paso todo el día soñando... ¡Qué bueno sería que te casaras con un hombre rico!... ¡Entonces me sentiría tranquila, me iría de peregrinación a Kiev y a Moscú, y estaría siempre recorriendo lugares santos!... ¡No haría más que recorrerlos! ¡Qué delicia!

Ania: Los pájaros cantan ya en el jardín. ¿Qué hora es?

Varia: Con seguridad cerca de las tres. La hora de que te acuestes, bonita. (Entran en la habitación de Ania. Aparece Iascha trayendo una manta y un saquillo de viaje).

Iascha: (Entrando en escena con paso respetuoso) ¿Se puede pasar?

Duniascha: ¡Una ya ni le reconoce!...¡Cómo se ha puesto usted en el extranjero!

Iascha: Y usted ¿quién es?

Duniascha: Cuando usted se marchó, yo era así. (Indica con la mano extendida, una pequeña altura) Soy Duniascha. La hija de Fedor Kosoedov... ¡Usted ya ni se acuerda!

Iascha: Hum... ¡Qué manzanita!... (Después de mirar a su alrededor, la abraza. Ella lanza un grito y deja caer el platillo. Iascha sale apresuradamente).

Varia: (Desde el otro lado de la puerta, y en tono de descontento). ¿Qué ha pasado ahí?.

Duniascha: (Llorando) ¡Nada! ¡Es un platito que se me ha roto!

Varia: ¡Eso trae buena suerte!

Ania: (Saliendo de su cuarto) Habría que preparar a mamá... Petia está aquí...

Varia: Mandé que no le despertaran.

Ania: (Pensativamente) ¡Un mes después de hacer seis años de la muerte de mi padre, Grischa, mi hermano..., un guapo chiquillo de siete años..., se ahogó en el río!... ¡Mamá no pudo soportarlo y se fue sin volver la vista atrás!... (Estremeciéndose) ¡Cómo la comprendo!... ¡Si supiera!... (Pausa) ¡Petia Trofimov fue profesor de Grischa!... ¡Puede recordarle!...

ESCENA IV

Entra **Firs**, de americana y chaleco blanco.

Firs: (Yendo hacia la cafetera, con aire preocupado). ¿Está el café? (Poniéndose unos guantes blancos) La señora va a tomarlo aquí (A Duniascha, en tono severo). ¡Tú! ¿Dónde está la nata?

Duniascha: ¡Ay!... ¡Dios mío!... (Sale precipitadamente)

Firs: (Trasteando junto a la cafetera). ¡Ah!...¡Qué mujer más patosa!... (Mascullando para sí) Han llegado de París, En silla de posta.... (Ríe)

Varia: ¿De qué te ríes, Firs?

Firs: ¿Qué se le ofrece? (En tono alegre) ¡Mi señora está aquí!... ¡Por fin!... ¡Ya puede uno morirse! (Llora de contento).

ESCENA V

Entran **Liubov Andreevna, Gaev y Simbonov-Pischik**, este vestido con una "poddiovka" (1) de paño fino y con los anchos pantalones remetidos por las polainas de las botas. Gaev, al entrar, hace un gesto que imita la postura del juego de billar.

Liubov Andreevna: ¿Cómo era?... Deja que recuerde... "El amarillo al rincón; el mingo al centro"...

Gaev: Y yo apunto al rincón...En tiempos, mi hermana y yo dormíamos en este mismo cuarto... Ahora, aunque me resulte raro, tengo ya cincuenta y un años...

Lopajin: ¡Es verdad! ¡Cómo corre el tiempo!...

Gaev: ¿Qué dices?

Lopajin: Digo que el tiempo corre.

Gaev: Huele a hierbas aromáticas.

Ania: Yo me voy a dormir (Besando a su madre). Buenas noches, mamá.

Liubov Andreevna: ¡Criaturita mía adorada! (Le besa las manos) ¿Estás contenta de verte en casa?... Yo todavía no he podido reaccionar.

Ania: Adiós, tío.

Gaev: (Besándola en el rostro y en las manos) ¡Dios te guarde!... ¡Cómo te pareces a tu madre!... Tú, Liuba, a su edad eras igual. ¡Exactamente igual! (**Ania** tiende la mano a **Lopajin** y a **Pischik** y sale, cerrando la puerta tras de sí).

Liubov Andreevna: ¡Se ha cansado mucho!

Pischik: Es natural... Ha sido un viaje muy largo.

Varia: (A Lopajin y a Pischik) Bueno, señores... Son casi las tres... La hora de que todo el mundo se retire.

Liubov Andreevna: (Riendo) Tú siempre la misma, Varia. (Atrayéndola hacia sí y besándola) En cuanto tome el café, nos marcharemos todos. (A Firs, que le coloca un almohadoncito bajo los pies). Gracias, querido... Me he acostumbrado al café, y lo tomo de día y de noche. (Besando a Firs) Gracias, viejuco mío.

Varia: Habrá que ir a ver si lo han traído todo. (Sale)

Liubov Andreevna: ¿Será posible que sea yo quien esté aquí sentada? (Riendo) Tengo ganas de saltar, de mover los brazos... (Hundiendo el rostro entre las manos) ¿Y si fuera un sueño?... ¡Quiero a mi patria! ¡La quiero tiernamente!... ¡Dios es testigo!... ¡Pero no he podido mirar nada desde el vagón!... ¡He venido todo el tiempo llorando!... (Entre lágrimas) A todo esto... ¡hay que tomar café!... ¡Gracias, Firs! ¡Gracias, viejuco mío!... ¡Me alegra tanto encontrarte vivo todavía!

Firs: Anteayer...

Gaev: Es que no te oye bien.

Lopajin: Ahora, a las cuatro, tengo que salir para Jarkov... ¡Qué fastidio! ¡Deseaba tanto verla..., hablar con usted!... ¡Veo que sigue tan magnífica como siempre!.

Pischik: (Con la respiración fatigosa) ¡Y todavía más guapa!... Vestida a la moda parisiense...

Lopajin: ¡Si su hermano, Leonid Adreich, dice que soy un mal educado..., que lo diga! ¡Me es absolutamente igual!... ¡Lo que sí quisiera es que usted me creyera como solía creerme, y que sus asombrosos y conmovedores ojos me miraran como me miraban antes!... ¡Dios mío!... Mi padre fue siervo de su abuelo y de su padre, pero usted particularmente hizo tanto por mí en un tiempo, que lo he olvidado todo, y le tengo el afecto que se tiene a los seres más próximos... Y hasta quizá más...

Liubov Andreevna: No puedo estarme sentada. (Se levanta de un salto y da vueltas por la escena, presa de fuete excitación) ¡No!... ¡No podré sobrevivir a esta alegría!...¡Ríanse de mi si quieren!... ¡Soy una tonta!,, (Besando el armario) ¡Armarito mío querido!... ¡Mi mesita!

Gaev: Mientras estabas fuera, se murió el ama.

Liubov Andreevna: Lo sé. En paz descanse... Me lo escribieron.

Gaev: También se murió Anastasii... Y Petruschka Kosoi se marchó de casa y está ahora en la ciudad, alojada en casa del jefe de Policía. (Saca del bolsillo una caja de caramelos y comienza a chupar uno).

Pischik: Mi hija Dascheñka le envía recuerdos.

Lopajin: Estoy deseando decirle algo muy agradable... Algo risueño... (Consulta el reloj). He de marcharme ahora mismo. No me queda ya tiempo para charlar; pero sí puedo decírselo en tres palabras. Como usted sabe ya, su jardín de los cerezos ha sido puesto en venta para saldar -con el dinero que se obtenga de él -las deudas, habiendo sido fijada la subasta para el veintidós de agosto... Usted, sin embargo, querida, no se preocupe... Duerma tranquila... Se ha encontrado una solución. He aquí mi proyecto... Le ruego lo escuchen atentamente... Su hacienda dista de la ciudad tan solo veinte "verstas"... El ferrocarril pasa junto a ella...; por tanto, si el jardín de los cerezos y la parte de terreno que da al río fueran divididos en parcelas para la

construcción de casas veraniegas, y éstas se arrendaran, obtendría usted un beneficio de veinticinco mil rublos al año, como mínimo.

Gaev: Perdón..., pero eso es una tontería.

Liubov Andreevna: ¡No acabo de comprenderle, Ermolai Alekseich!

Lopajin: Cada veraneante le pagaría veinticinco rublos al año por "desiatina", como mínimo, y si empieza usted a anunciarlo desde ahora mismo, yo le garantizo que, de aquí al otoño, no le quedará ni un pedacito de terreno libre. Se lo llevarán todo. Conque en una palabra: la felicito. Está usted salvada... El paisaje es maravilloso y el río profundo... Solo habría, naturalmente, que quitar algunas cosas..., que limpiar un poco... Por ejemplo..., digamos..., derribar las viejas construcciones..., esta misma casa, que ya no vale nada, y talar el viejo jardín de los cerezos...

Liubov Andreevna: ¿Talarlo?..., Perdone, querido, pero no entiende usted nada de eso... Si en toda la región hay algo interesante y hasta sobresaliente..., es solo nuestro jardín de los cerezos.

Lopajin: Lo único sobresaliente de este jardín es su gran tamaño... La guinda solo se da cada dos años, y luego no sabe uno qué hacer con ella. Nadie la compra.

Gaev: Hasta el diccionario enciclopédico menciona este jardín.

Lopajin: (Mirando el reloj) Si no ideamos algo ni llegamos a ninguna conclusión, el veintidós de agosto, el jardín de los cerezos y la hacienda entera serán vendidos en pública subasta... Decídase... No hay otra solución..., se lo juro... no la hay.

Firs: En otros tiempos, hace cosa de cuarenta o cincuenta años, la guinda se secaba, se mojaba, se le ponía en escabeche, se hacía con ella mermelada, y ocurría...

Gaev: Cállate, Firs.

Firs: Y ocurría que se mandaba la guinda seca a Moscú y a Jarkov... ¡Cuánto dinero había!... ¡Y la guinda seca de entonces era blanca, jugosa, dulce y con un aroma!... Además, había su modo de prepararla...

Liubov Andreevna: ¿Y qué modo era ese?

Firs: Ya se ha olvidado. Nadie lo recuerda ya.

Pischik: (A Liubov Andreevna) ¿Y en París? ¿Qué tal? ¿Comió usted ranas?

Liubov Andreevna: Comí cocodrilos.

Pischik: ¿Qué cosas?...

Lopajin: Hasta ahora, que han aparecido los veraneantes, en la aldea no había más que señores y "mujiks". Todas las ciudades, incluso las más pequeñas, están circundadas de casas campestres que, puede decirse, dentro de veinte años se habrán multiplicado de modo extraordinario. ¡Ahora el veraneante se limita a beber té en su balcón, pero pudiera ocurrir que en su única "desiatina" le diera por ocuparse de agricultura, con lo que su jardín de los cerezos sería feliz, rico y magnífico!

Gaev: (Indignándose) ¡Qué tonterías!

ESCENA VI

Entran Varia e Iascha

Varia: Hay aquí dos telegramas para usted, mamaita (Separa una llave del manojo que tintinea y abre un antiguo armario). Aquí están.

Liubov Andreevna: Son de París (Rompiendo los telegramas sin abrirlos). Con París todo está terminado.

Gaev: ¿Sabes, Liuba, los años que tiene este armario? Hace unas semanas, al sacar el cajón de abajo, vi unas cifras grabadas a fuego. Este armario fue construido hace exactamente cien años. ¿Qué te parece?...¿Eh?... Podría celebrarse su centenario... Es un objeto inanimado; pero siempre un armario de libros.

Pischik: (Asombrado) ¡Cien años!... ¡Qué cosas!...

Gaev: Un objeto, sí... (Palpando el armario) ¡Mi muy querido y estimado armario!...¡Saludo tu existencia, dirigida -hace más de cien años- a los claros ideales del bien y la justicia!... ¡Tu silenciosa llamada a un trabajo fructuoso, lejos de perder fuerza en el transcurso de estos cien años (Con lágrimas en los ojos), ha mantenido vivos, en las generaciones de nuestro nombre, la energía y la fe en un futuro mejor..., inculcando en nosotros los ideales del bien y de la conciencia común... (Pausa).

Lopajin: Sí...

Liubov Andreevna: Tú como siempre Lionia.

Gaev: (Un poco azorado) "Por la derecha de la bola y al rincón". "Apunto al centro"...

Lopajin: (Consultando el reloj) Ya es hora de marcharme.

Iascha: (Presentando a Liubov Andreevna un medicamento) Quizá quiera tomar ahora las píldoras...

Pischik: No se deben tomar medicinas, querida. No sirven ni para bien ni para mal. Dámelas, estimadísima (Coge las píldoras, se las pone en la palma de la mano, sopla sobre ellas, se las echa a la boca y las traga con un sorbo de "kvas") ¡Ya está!.

Liubov Andreevna: (Asustado) ¿Se ha vuelto usted loco?

Pischik: ¡Me las tomé todas!

Lopajin: ¡Vaya glotón! (Todos ríen)

Firs: Cuando el señor estuvo aquí por Semana Santa..., se comió medio cubo de pepinos... (Masculla algo que no se distingue)

Liubov Andreevna: ¿Qué dice?

Varia: Ya lleva tres años mascullando constantemente. Estamos acostumbrados.

Iascha: ¡Claro que tiene una edad respetable! (Scharlotta Ivanovna, muy delgada, con un vestido blanco muy ceñido y los impertinentes sujetos al cinturón, atraviesa la escena.)

Lopajin: ¡Perdón, Scharlotta Ivanovna!... ¡Aún no había tenido el gusto de saludarla! (Hace ademán de ir a besarla la mano)

Scharlotta: ¡Si una permitiera que le besaran la mano, querrían luego el codo, después el hombro!...
Lopajin: Hoy no estoy de suerte, (Ríen todos) ¡Scharlotta Ivanovna!... ¡Háganos algún juego de manos!
Liubov Andreevna: ¡Scharlotta!... ¡Háganos un juego de manos!
Scharlotta: No. Quiero dormir (Sale)
Lopajin: Dentro de tres semanas volveremos a vernos. Hasta entonces, adiós. Es hora ya de irse (A Gaev) Adiós. (Cambiando un abrazo con Pischik). Adiós. (Tendiendo la mano a Varia, luego a Firs y a Iascha). No tengo ninguna gana de marcharme. (A Liubov Andreevna) Si decide usted algo referente a las casas de verano, hágamelo saber. Le procuraré un préstamo de alrededor de cien mil rublos. Piénselo seriamente.
Varia: (Con enojo) ¡Bueno! ¡Váyase de una vez!
Lopajin: Me voy, sí; me voy. (Sale)
Gaev: ¡Valiente mal educado!... ¡Ay, perdón..., que Varia va a casarse con él!... Es su novia.
Varia: ¡Tiíto!... ¡No diga cosas que no debe decir!
Liubov Andreevna: Pues yo, por mi parte, Varia, me alegraría mucho... Es una buena persona.
Pischik: A decir verdad es, en efecto, una persona muy estimable... También mi Dascheñka dice... Dice varias cosas... (Deja oír un ligero ronquido; pero se despierta en el acto) Por cierto..., estimadísima mía... présteme doscientos cuarenta rublos. Mañana tengo que pagar unos intereses.
Varia: (Asustada) ¡Si no hay dinero!
Liubov Andreevna: No dispongo de nada, en efecto.
Pischik: ¡Pues, entonces, ya se sacarán de alguna parte¡ Yo nunca pierdo y pienso que no hay nada que hacer, me ocurre, por ejemplo, que, por dejar pasar por mi tierra el ferrocarril que están construyendo, me pagan!... ¡Y lo mismo puede ocurrir cualquier otra cosa..., si no hay, mañana!... ¡A Dascheñka podrían tocarle doscientos mil rublos!... ¡Tiene un billete de lotería!
Liubov Andreevna: Bueno, una vez bebido el café, podemos irnos a descansar.
Firs: (Cepillando a Gaev, y en tono de amonestación) ¡Ya ha vuelto a ponerse otros pantalones! ¡No sé que voy a hacer con usted!
Varia: (Bajando la voz) Ania está durmiendo. (Abre d espacio la ventana) El sol ha salido ya y no hace ningún frío. ¡Mire, mamaíta, qué árboles más maravillosos! ¡Dios mío!... ¡Qué aire más limpio!... Están cantando los mirlos.
Gaev: (Abriendo otra ventana) El jardín está completamente blanco... ¿No se te había olvidado Liuba?...¿Recuerdas esa larga alameda, tirante como una correa y recta, recta, que brilla en las noches de luna?... ¿No se te había olvidado?
Liubov Andreevna: (Contemplando el jardín desde la ventana) ¡Oh, mi infancia! ¡Mi pureza!...¡Desde este cuarto de los niños, donde dormía,

solía mirar el jardín!... ¡Cuando la dicha y yo nos despertábamos juntas cada mañana, estaba igual que a hora!... ¡No ha cambiado nada!... (Riendo de alegría) ¡Todo, todo blanco!... ¡Oh mi jardín!... ¡Después de un otoño gris e inclemente..., de un frío invierno..., ser otra vez joven y estar llena de felicidad!... ¡Los ángeles celestiales no te han abandonado!... ¡Si pudiera alzar de mi pecho y de mis hombros una pesada piedra!... ¡Si pudiera olvidar mi pasado!

Gaev: Pues bien, sí... Por extraño que resulte, el jardín se venderá para pagar las deudas...

Liubov Andreevna: ¡Mirad!...¡Nuestra difunta mamá va por el jardín con su vestido blanco!... (Riendo de alegría) ¡Es ella!...

Gaev: ¿Dónde?...

Varia: ¡Por Dios, mamaíta!

Liubov Andreevna: No... No hay nadie. Me lo había parecido solamente... Es que a la derecha, donde se tuerce para ir al cenador, hay un arbolito blanco inclinado, que parece una mujer... (Entra Triofimov, vestido de un uniforme universitario muy usado. Lleva galas). ¡Qué jardín prodigioso!... ¡Esa masa blanca de flores!...¡Ese cielo azul!

Trofimov: ¡Liubov Andreevna!... (Esta vuelve hacia él la cabeza). Vengo solamente a saludarla y me marcho en seguida. (Le besa efusivamente la mano). Recibí orden de esperar hasta mañana, pero no tuve paciencia para ello... (Liubov Andreevna le mira sorprendido)

Varia: Es Petia Trofimov.

Trofimov: Petia Trofimov... El que fue profesor de su Grischa... ¿Será posible que esté tan cambiado? (Liubov Andreevna le abraza y llora callandito).

Gaev: (Azorado) ¡Bueno, bueno, Liuba!...

Varia: (Llorando) ¡Tenía dicho a Petia que esperara hasta mañana!

Liubov Andreevna: ¡Mi Grischa!... ¡Mi chiquillo!... ¡Grischa!... ¡Hijo mío!...

Varia: ¡Qué se le va a hacer, mamaíta!...¡Dios lo ha dispuesto así!

Trofimov: (Dulcemente y con lágrimas en los ojos) ¡Bien..., bien!

Liubov Andreevna: (Llorando callandito) ¡Mi chiquillo murió!... ¡Murió ahogado!...¿Por qué?...¿Por qué, amigo mío?...(Bajando de pronto la voz) Ania está durmiendo, y yo aquí hablando alto... Y usted, ¿qué tal, Petia? ... ¿Por qué se ha afeado tanto? ¿Por qué ha envejecido?

Trofimov: Una aldeana que venía en el vagón me calificó de "señor tiñoso"...

Liubov Andreevna: ¡En aquel tiempo era usted casi un niño!...¡Un simpático estudiante!... ¡Ahora, en cambio, su pelo empieza a clarear y usa gafas!... ¿Será posible que siga usted siendo estudiante?...(Se encamina a la puerta).

Trofimov: Seré, seguramente, el estudiante eterno.

Liubov Andreevna: (Besando primero a su hermano y luego a Varia) Bueno.... Váyanse a dormir...¡Tú también estás aviejado, Leonid!...

Pischik: (Siguiéndola) ¡A dormir entonces!...¡Ah mi gota!...Me quedo aquí, en su casa... Ya veremos Liubov Andreevna de mi alma, si mañana por la mañana... esos doscientos cuarenta rublos...

Gaev: Este, siempre a lo suyo.
Pischik: ¡Es que necesito doscientos cuarenta rublos para pagar los intereses!
Liubov Andreevna: No tengo dinero, querido.
Pischik: Yo se los devolveré. ¡Es una suma insignificante!
Liubov Andreevna: ¡Bueno!...¡Leonid se los dará!... ¡Bueno!... Dáselos, Leonid.
Gaev: ¡Claro!... ¡Yo se los daré!... ¡Eso es lo que tú crees!...
Liubov Andreevna: Y ¿Qué se le va a hacer? ¡Dáselo! ¡Le hacen falta! ¡Ya los devolverá! (Salen Liubov Andreevna, Pischik y Firs).
Gaev: ¡Mi hermana no se ha desacostumbrado aún a tirar el dinero! (A Iascha) ¡Quita de ahí, amigo! ¡Hueles a gallina!
Iascha: (Con una media sonrisa) Usted, Leonid Andreevna, igual que siempre.
Gaev: ¿Cómo? (A Varia) ¿Qué ha dicho?
Varia: (A Iascha) Tu madre ha venido de la aldea, y desde ayer te está esperando en el cuarto de los criados. Quiere verte.
Iascha: ¡Vaya con Dios!
Varia: ¡Huy, qué sinvergüenza!.
Iascha: ¡Podía haber venido mañana! (Sale)
Varia: Mamaíta sigue lo mismo que el día que se marchó. No ha cambiado lo más mínimo... Si se la dejara en libertad lo daría todo.
Gaev: Así es... (Pausa) Cuando, para curar una enfermedad, hay que emplear muchos remedios..., es que no tiene cura. Yo me paso el día meditando, con el cerebro en tensión..., y encuentro muchos remedios..., lo cual quiere decir que no he encontrado ninguno... No sería malo cobrar una herencia..., o que Ania se casar con un hombre de mucha fortuna, o ir a Iaroslav y probar suerte con la tía condesa... Es rica; muy rica.
Varia: (Llorando) ¡Si Dios quisiera ayudarnos!
Gaev: No llores. La tía es muy rica, pero no nos quiere... Mi hermana, en primer lugar, se casó con un abogado que no pertenecía a la nobleza. (Ania aparece en el umbral de la puerta). Además de casarse con un hombre que no era noble, su conducta no puede decirse que haya sido muy virtuosa... Es buena y simpática... Yo la quiero mucho...; pero, aun buscándole todos los atenuantes, hay que reconocer que es viciosa. Eso lo revelan sus más mínimos movimientos.
Varia: (En un susurro) ¡Ania está en la puerta!.
Gaev: ¿Cómo?...(Pausa) ¡Qué cosa más rara!... ¡Algo se me ha metido en el ojo derecho! ¡Empiezo a no ver bien!...También el jueves último cuando fui a la Audiencia.

ESCENA VII

Entra Ania

Varia: ¿Por qué no duermes, Ania?

Ania: No tengo sueño. Me es imposible.

Gaev: ¡Mi chiquilla! (Besándole las manos y el rostro) ¡Criatura mía! (Con lágrimas en los ojos) ¡Tú no eres mi sobrina! ¡Eres mi ángel bueno!... ¡El "todo" para mí!... ¡Créeme! ¡Créeme!

Ania: Te creo, tío... Todos te quieren y te respetan, pero... lo que tienes que hacer, querido tío, es callar... ¿Qué acabas de decir de mi madre?... ¿De tu propia hermana?... ¿Por qué lo has dicho?

Gaev: ¡Sí, sí!... (Cubriéndose el rostro con la mano de Ania). ¡Ha sido horroroso, en efecto!... ¡Dios mío!... ¡No me condenes, Dios mío!... Pues ¿Y el discurso que solté hoy delante del armario?... ¡Qué tonto fue!... ¡Hasta después de terminar no me di cuenta de lo tonto que había sido!

Varia: Es verdad, tiíto... Lo que tiene usted que hacer es callar. Cállese, y nada más.

Ania: Si callaras, tendrías mucha más tranquilidad.

Gaev: ¡Me callo!... (Besando las manos de Ania y de Varia) Me callo... Dos palabras más solamente sobre el asunto... Por lo que oí a unos cuantos que estaban el jueves pasado en la Audiencia, charlando de una cosa y de otra..., parece ser que podría arreglarse la concesión de un crédito, mediante una letra con la que pagar los intereses al Banco.

Varia: ¡Si Dios quisiera ayudarnos!

Gaev: El martes volveré y trataré otra vez de ello. (A Varia) ¡No llores! (A Ania) Tu madre, además, hablará con Lopajin, y éste, claro, no se negará... Luego tú, cuando estés descansada irás a Iaroslav, a ver a tu abuela, la condesa. De esta manera, actuaremos desde tres puntos distintos. y el asunto se resolverá favorablemente. Estoy convencido de que lograremos pagar los intereses (Introduciéndose un caramelo en la boca) ¡Por mi honor! ¡Por todo cuanto quieras..., juro que la hacienda no será vendida!... ¡Lo juro por mi felicidad! ¡Aquí tienen mi mano! ¡Podrás llamarme un malvado sin honor si dejo que se llegue a la subasta! ¡Con todo mi ser os lo juro!.

Ania: (Con el ánimo tranquilizado y feliz) ¡Qué bueno eres, tío! ¡Qué inteligente! (Abrasándole) ¡Ya estoy tranquila! ¡Muy tranquila! ¡Me siento feliz!

ESCENA VIII

Entra Firs

Firs: (En tono de amonestación) ¡No tiene usted temor de Dios, Leonid Andreich! ¿Cuándo va usted a irse a dormir?

Gaev: Ahora, ahora... Márchate tú, Firs. Me desnudaré solo... Bien, nenucas... vámonos a la camita. Los detalles los dejaremos para mañana, y ahora idos a dormir. (Besa a Ania y a Varia) ¡Pertenece a la generación del ochenta..., época a la que no suele alabarse..., aunque yo pueda decir que mis convicciones me han hecho pasar bastante en la vida!... ¡Por algo me quiere el "mujik"!... ¡Al "mujik" hay que conocerlo!... ¡Hay que saber!.

Ania: ¡Otra vez, tío!

Varia: Cállese usted, tiíto.

Firs: (Enfadado) ¡Leonid Andreich!

Gaev: Ya voy. Ya voy...Acuéstense... "De la banda al centro, picando con mucha limpieza"... (Sale. Le sigue a pequeños pasitos Firs).

Ania: Ya estoy tranquila. No tengo ganas de ir a Iaroslav. No quiero a la abuela...; pero, sea como sea, estoy tranquila. Gracias al tío. (Se sienta)

Varia: Hay que dormir. Yo me voy... En tu ausencia, ocurrió aquí una cosa desagradable. Como sabes, el departamento de los criados lo ocupan solo los viejos... Efimiuschka, Polia, Evstignei..., Karp también... Pues bien: figúrate que éstos dieron en permitir que pasara allí la noche gente desconocida... Yo no había dicho nada; pero, eso sí, luego oí contar que corría la voz de que yo había mandado que se les diera de comer solo garbanzos... Por avaricia, ¿comprendes?... Y todo había sido cosa de Evstignei... Entonces yo pienso: "¿Sí?..., pues espera". Mando llamar a Evstignei... (Bostezando) Viene y le digo: "¿Cómo tú, Evstignei?... ¡Tonto, más que tonto!... (Fijando la mirada en Ania) ¡Anexhka!... (apura) ¡Se durmió! (Cogiendo a Ania por el brazo) ¡Vámonos a la camita! ¡Vámonos! (Conduciéndola) ¡Mi almita se durmió!... ¡Vámonos! (Echan a andar. De lejos, de más allá del jardín, llegan las notas del caramillo de un pastor. Tropimov atraviesa la escena, y al ver a Ania y a Varia, se detiene).

Varia: ¡Tsss!... ¡Está dormida..., dormida!...¡Vamos, cariño!...

Ania: (En tono bajito y medio en sueños) ¡Estoy tan cansada!... ¡Tan casada!...¡Cuántas campanillas!... ¡Tío!... ¡Querido!... ¡También mamá!... ¡Y el tío!...

Varia: ¡Vamos, querida, vamos!... (Entrando en la habitación de Ania)

Tropimov: (Emocionado) ¡Solecito mío!... ¡Mi primavera!...

TELON
ACTO SEGUNDO

El campo. En escena, una ermita vieja y torcida, hace tiempo olvidado; un pozo junto a ella; grandes piedras que, al parecer, un día fueron sepulcrales, y un viejo banco. Un camino conduce a la hacienda de Gaev. Por uno de los costados, en el que se alzan, negros, los sauces, comienza el jardín de los cerezos. En la lejanía, corre una hilera de postes telegráficos y lejos, se extiende borrosamente por el horizonte una gran ciudad, cuyo contorno solo en días hermosos y claros puede divisarse. El sol va a ponerse de un momento a otro.

ESCENA PRIMERA

Scharlotta, Iascha y Duniascha están sentados en el banco. Epijodov, de pie, a su lado, toca la guitarra. Todos tienen aire pensativo. Scharlotta, tocada con una vieja gorra, se ha descolgado la escopeta del hombro y arregla la hebilla de la correa.

Scharlotta: (Con aire meditativo) Mi pasaporte no es un pasaporte verdadero... No sé la edad que tengo, y me creo siempre jovencita... Mi papá y mi mamá, cuando yo era niña, iban de feria en feria, dando representaciones...¡Unas representaciones muy buenas!... Yo daba saltos mortales y hacía alguna que otra cosilla, y cuando mi papá y mi mamá murieron, me recogió una señora alemana que se hizo cargo de mi instrucción... Luego crecí..., y me coloqué de institutriz, pero ¿de dónde soy, y quién soy?..., eso ya no lo sé... Cuando pienso en mis padres..., se me ocurre que quizá no estuvieran casados... No lo sé. (Se pone a comer un pepino, que ha sacado del bolsillo) No sé nada. (Pausa) ¡Tener tantas ganas de hablar y no tener con quién! ¡No tengo a nadie!...

Epijodov: (Cantando a la guitarra)!¡Qué me importa del mundo ruidoso!... ¡Qué de enemigos o amigos!"... ¡Es agradable tocar la mandolina!

Duniascha: Eso no es una mandolina. Es una guitarra. (Se mira en el espejito y se empolva).

Epijodov: Para un loco enamorado, es una mandolina... (Canturreando) "¡Si fuera el corazón reconfortado, por el calor del amor correspondido!". (Iascha le acompaña en el canturreo).

Scharlotta: ¡Qué terriblemente mal canta esta gente!...¡Cantan como chacales!

Duniascha: (A Iascha) ¡Es mucha suerte, sin embargo, conocer el extranjero!.

Iascha: En efecto..., sí. En eso no puedo dejar de coincidir con usted. (Bosteza; luego enciende un puro) ¡En el extranjero..., naturalmente..., hace tiempo que está ya todo en plena complexión!...

Iascha: ¡Naturalmente!

Epijodov: ¡Soy un hombre de mente despejada..., leo muchos libros excelentes y, sin embargo, no acierto a comprender qué es en realidad lo que quiero!... ¡Si vivir o si pegarme un tiro!... No obstante..., digamos..., llevo siempre una pistola conmigo... (Mostrando uno). Hela aquí.

Scharlotta: Ya está. Me voy. (Colgándose al hombro la escopeta) ¡Tú, Epijodov, eres muy listo y muy temible!... ¡Con seguridad que todas las mujeres se enamoran locamente de ti!... Brrr... (Echando a andar). ¡Estos talentos son todos tan tontos!... ¡No tiene una con quién hablar!...¡Me paso el tiempo sola..., sola! ¡Sin nadie que...! ¡Y en cuanto a quién soy y por qué!... ¡Vaya usted a saber!... (Sale con paso lento)

Epijodov: Sin tocar otros puntos, he de expresar, con referencia a mí mismo, lo despiadadamente que -dicho sea de paso- me trata el destino... Como una tormenta a una pequeña embarcación... Y, aún admitiendo que me equivoqué...,¿por qué, entonces, hoy por la mañana, al despertarme, voy en mi pecho una enorme araña?... Así... (Indica el tamaño con las manos) También me ha ocurrido, cuando tengo sed y quiero beber "kvas", encontrarme dentro algo sumamente inconveniente..., una cucaracha. (Pausa) ¿Ha leído..., ha leído usted a Bockley? (Pausa) ¿Puedo tomarme la libertad, Avdotia Fedorovna, de molestarla con dos palabras?

Duniascha: Usted dirá.

Epijodov: Me gustará poder hablarle a solas. (Suspira)

Duniascha: (Azarada) Bien..., solo que tráigame primero mi capita. Está al lado del armario. Aquí hace un poco de humedad.

Epijodov: Perfectamente, voy por ella. Ahora ya sé lo que tengo que hacer con mi pistola. (Sale rasgueando en la guitarra).

Iascha: "¡Veintidós desdichas!" ¡Qué hombre más tonto..., dicho sea entre nosotros! (Bosteza).

Duniascha: ¡No quiera Dios que se pegue un tiro!... ¡Me vuelvo tan nerviosa!... ¡Estoy siempre preocupada!... ¡Cuando me recogieron los señores era una niña, por lo que ahora ya me he desacostumbrado de la vida aldeana y tengo las manos blancas, blancas... como las de una señorita!... ¡Me he vuelto sensible, delicada, fina..., y todo me da miedo!... ¡Por eso, Iascha, si me engañara usted, no sé lo que iba a ocurrir a mis nervios!

Iascha: (Besándola) ¡Pepinito!... Todas las jóvenes, naturalmente, tienen que guardar su honor. No hay cosa que más me desagrade en una joven que la mala conducta.

Duniascha: ¡Le amo con locura! ¡Es usted tan instruido!... ¡Sabe hablar tan bien de todo! (Pausa)

Iascha: (Bostezando) Sí... En opinión mía, si una joven se enamora de un hombre, ello quiere decir que carece de moral. (Pausa) ¡Qué bien sabe un puro al aire libre! (Escuchando) Por ahí viene alguien... Son los señores... (Duniascha, dejándose llevar de un impulso, le da un abrazo) Váyase a casa. Por ese senderito. Como si volviera de bañarse en el río. Si la vieran, podrían pensar que me había citado con usted, y a mí estas cosas no me gustan nada.

Duniascha: (Con una tosecita) ¡Ese puro me ha levantado dolor de cabeza... (Sale Iascha permanece sentado al lado de la ermita).

ESCENA II

Entran Liubov Adreevna, Gaev y Lopajin

Lopajin: Es preciso decidirse...No se puede esperar más tiempo... El asunto, después de todo, es muy sencillo. ¿Está usted o no está usted conforme con que se vendan las tierras y se construyan casas veraniegas?... Contésteme solo con una palabra. Dígame "sí" o "no". ¡Solo una palabra!

Liubov Andreevna: ¿Quién habrá estado aquí fumando esos asquerosos puros? (Se sienta)

Gaev: ¡Desde que se construyó el ferrocarril, qué cómo es todo! (Sentándose) Hemos ido a la ciudad..., hemos almorzado... "Con la amarilla al centro"...¡Qué gana tengo de ir a casa a jugar una partidita!...

Liubov Andreevna: Tienes tiempo de sobra.

Lopajin: ¡Solo una palabra! (En tono suplicante) ¡Déme su respuesta!

Gaev: (Bostezando) ¿Cómo?

Liubov Andreevna: (Mirando dentro de su monedero) ¡Tanto dinero como tenía ayer, y hoy apenas me queda nada!... ¡Mi pobre Varia, por ahorrar, dándonos de comer sopa de leche, y los viejos, en la cocina alimentándose solo de garbanzos, y yo, mientras tanto, gastando de una manera tonta!... (El monedero se escapa de las manos, y las monedas ruedan por el suelo. Enojada) ¡Vaya..., ya están rodando!

Iascha: Permita la señora que se las recoja (Recoge las monedas)

Liubov Andreevna: Sea tan amable, Iascha...¡No sé por qué habré ido a almorzar a la ciudad!... ¡Qué restaurante más malo..., con esa música y esos manteles oliendo a jabón!... Y tú, Lionia, ¿por qué tienes

que beber tanto!... ¿Por qué comes tanto?... ¿Por qué hablas tanto?... ¡Hoy en el restaurante te pusiste otra vez a hablar sin ton ni son!... Sobre los decadentes... Sobre el mil ochocientos setenta... Y ¿a quién?... ¡Hablar a los camareros de los decadentes!...

Lopajin: En efecto.

Gaev: (Haciendo un además de desaliento) ¡La verdad es que soy incorregible! (A Iascha, con irritación) ¡Qué tenga uno que tenerte siempre delante de los ojos!

Iascha: (Riendo) No puedo escuchar su voz sin que me entre risa.

Gaev: (A su hermana) ¡O yo, o él!

Liubov Andreevna: ¡Váyase, Iascha! ¡Váyase!

Iascha: (Entregando el monedero a Liubov Andreevna) Ahora mismo me voy. (Haciendo esfuerzos para contener la risa) Ahora mismito. (Sale)

Lopajin: Parece ser que Deriganov, ese ricacho, está pensando en comprar la hacienda. Dicen que va a asistir personalmente a la subasta.

Liubov Andreevna: Y usted, ¿cómo lo ha sabido?

Lopajin: Se dice en la ciudad.

Gaev: La tía de Iaroslav ha prometido manda dinero, pero cuánto y cuándo..., ¡vaya usted a saber!

Lopajin: ¿A cuánto ascenderá el envío, a cien mil...., a doscientos mil?...

Liubov Andreevna: ¡Quiá!...¡ A diez o quince mil rublos, a lo sumo, y gracias!

Lopajin: ¡Perdonen; pero gentes tan inconscientes como ustedes, tan fuera de los asuntos..., tan singulares, no he encontrado nunca!... ¡Les dice uno a ustedes -en ruso- que tienen la hacienda en venta, y parece que no lo comprenden!...

Liubov Andreevna: ¡Y qué vamos a hacer!...¡Dénos un consejo!

Lopajin: Todos los días se lo doy. Todos los días les digo lo mismo; que es ineludible arrendar el jardín de los cerezos y las tierras para, con su producto, construir casas veraniegas... Hay que hacerlo inmediatamente. Lo antes posible. La subasta está ya encima... ¡Compréndanlo!... ¡Si se decidieran de una vez..., definitivamente..., a hacer las cosas..., se les pagaría lo que quisieran y estarían salvados!

Liubov Andreevna: ¡Casas veraniegas!... ¡Veraneantes!...¡Qué vulgar todo..., y perdone!...

Gaev: Estoy completamente de acuerdo contigo.

Lopajin: ¡Creo que voy pronto a estallar en sollozos, a gritar o a desmayarme!... ¡No puedo más!... ¡Me dejan ustedes deshecho! (A Gaev) ¡Usted, lo que es, es un pingajo!

Gaev: ¿Cómo?

Lopajin: ¡Un pingajo! (Se dispone a retirarse).

Liubov Andreevna: (Asustada) ¡No! ¡No se vaya!... ¡Quédese, querido!... ¡Se lo ruego!... ¡Puede que demos con alguna idea!

Lopajin: ¿Con qué idea hay que dar?

Liubov Andreevna: ¡No se marche! ¡Se lo ruego!... ¡A pesar de todo, a su lado se siente una más alegre! (Pausa) ¡Yo vivo siempre esperando algo!... ¡Como si temiera que sobre nosotros fuera a derrumbarse una casa!

Gaev: (En un tono de profunda meditación) Picar al rincón"... "Croiser [2], al centro".

Liubov Andreevna: ¡Sin duda, hemos pecado mucho!

Lopajin: ¿Qué pecados son los de ustedes?

Gaev: (Introduciéndose un caramelo en la boca). ¡De mi dicen que me comí la fortuna en caramelos!

Liubov Andreevna: ¡Oh..., mis pecados!...¡Derroché siempre sin freno el dinero..., como una loca..., y me casé con un hombre que solo sabía contraer deudas!... ¡A mi marido le mató el champán!... ¡Bebía terriblemente!... ¡Luego -para mi desgracia- quise a otro hombre!... ¡Y entonces precisamente fue cuando recibí mi primer castigo!... ¡Sobre mi cabeza cayó un golpe espantoso!... ¡Aquí, en este río, se ahogó mi pequeño!... ¡Yo después me marché para siempre, para no regresar nunca ni volver a ver este río!... ¡Cerré los ojos y huí enloquecida..., pero él me siguió!... ¡Despiadada y brutalmente!... Como allí enfermó, compré una casa de campo en las proximidades de Menton y durante tres años no conocí el descanso ni de día ni de noche... El enfermo me dejó agotada..., y mi alma se secó. El año pasado, después de vender la casa de campo para pagar las deudas, me marché a París, y él allí me despojó de todo mi dinero, me abandonó... Me abandonó y fue a reunirse con otra mujer... Intenté envenenarme... ¡Es todo tan tonto! ¡Tan vergonzoso!... De pronto sentí ansias de volver a Rusia..., a mi patria..., a mi pequeña!... (Enjugándose las lagrimas) ¡Dios mío!... ¡Dios mío...! ¡Ten misericordia de mí!...¡Perdóname mis pecados!... ¡No me castigues más!...(Saca de su bolsillo un telegrama) Lo recibí hoy de París... Me pide perdón... Me suplica que vuelva... (Rompiendo el telegrama y escuchando). Parece como si hubiera música en alguna parte.

Gaev: Es nuestra orquesta hebrea... ¿te acuerdas?... Cuatro violines, una flauta y un contrabajo.

---

[2]Término de billar.

Liubov Andreevna: ¿Todavía existe? ... No estaría mal invitarles un día y dar una pequeña reunión.
Lopajin: (Escuchando a su vez) No se oye nada. (Canturrea a media voz) "También por dinero a un ruso pueden los alemanes afrancesar"... (Riendo) ¡Qué obra vi ayer en el teatro!... ¡Lo que le hizo a uno reír!
Liubov Andreevna: Con seguridad no sería de tanta risa. Lo que tendrían que hacer ustedes, en vez de ver tanta obra, es verse a sí mismos más detenidamente... ¡Qué vida más gris la suya!... ¡Cuánta cosa superflua dicen!
Lopajin: Cierto. Hay que reconocer que llevamos una vida necia... (Pausa) Mi papá fue un "mujik"..., un idiota que no entendía nada de nada... En lugar de instruirme, se emborrachaba y me pegaba con un palo... Claro que yo, en realidad, soy igual de tonto y de idiota que él... No aprendí nada, tengo una letra pésima y escribo de tal modo que me avergüenzo ante la gente... Lo mismo que un cerdo.
Liubov Andreevna: Usted, amigo mío, lo que tiene que hacer es casarse.
Lopajin: Sí... Eso es verdad.
Liubov Andreevna: Y con nuestra Varia... Es muy buena muchacha.
Lopajin: Lo es, en efecto.
Liubov Andreevna: Muy sencilla... Se pasa el día trabajando..., y, sobre todo, lo principal es que le quiere... También a usted hace mucho tiempo que le gusta ella.
Lopajin: No tengo, en realidad, nada que decir en contra... Es muy buena muchacha... (Pausa).
Gaev: Me ofrecen un empleo en el Banco. Seis mil rublos al año... ¿Oyes?
Liubov Andreevna: ¡Bah!... ¿Qué vas a hacer tú ya?... ¡Quédate donde estás!

ESCENA III

Entra Firs, con un abrigo

Firs: Sírvase ponérselo, señor. Se ha levantado humedad.
Gaev: (Poniéndose el abrigo) ¡Me aburres, hermano!
Firs: ¡Nada, nada!... Esta mañana se marchó usted sin decir palabra. (Le inspecciona con la mirada)
Liubov Andreevna: ¡Cómo has envejecido, Firs!
Firs: ¿Qué manda la señora?
Lopajin: Te dicen que has envejecido mucho.
Firs: ¡Hace ya tiempo que vivo!... Cuando andaban queriendo casarme, su papá no había venido al mundo todavía, y cuando se nos dio la libertad, ya era primer ayuda de cámara... Entonces no acepté la libertad... Me quedé con los señores...

(Pausa) Recuerdo lo contentos que estaban todos... ¿Por qué?... Ellos mismo no lo sabían.

Lopajin: ¡Antes todo marchaba bien!... ¡Por lo menos se azotaba!

Firs: (Que no ha oído bien) ¡Ya lo creo!... ¡Los "mujiks" eran para los señores y los señores para los "mujiks"!... Ahora, en cambio, cada cual anda por su lado... ¡Uno no lo entiende!

Gaev: ¡Cállate, Firs!... Mañana tengo que ir a la ciudad. Me han prometido presentarme a un general que puede proporcionarme dinero mediante una letra.

Lopajin: No conseguirá usted nada... Esté tranquilo que no pagará los intereses.

Liubov Andreevna: Lo que hace es delirar. No existe semejante general.

ESCENA IV

Entran Trofimov, Ania y Varia

Gaev: Aquí viene nuestra gente.

Ania: Mamá está aquí.

Liubov Andreevna: ¡Ven! ¡Ven!... ¡Queridas mías!... (Abraza a Ania y a Varia) Si supierais cómo os quiero. ¡Sentémonos juntitas! ¡Así!... (Se sientan todos).

Lopajin: Nuestro eterno estudiante está siempre en compañía de las señoritas.

Trofimov: Esto es cosa que a usted no le importa.

Lopajin: Pronto cumplirá los cincuenta, y todavía es estudiante.

Trofimov: Déjese de bromas tontas.

Lopajin: Pero ¿por qué te enfadas, bobo?

Trofimov: Y tú, ¿por qué te metes conmigo?

Lopajin: Permíteme que te pregunte: ¿qué idea tienes de mi?

Trofimov: Tengo la idea, Ermolai Alekseevich, de que eres un hombre rico..., de que pronto serás millonario... Ahora bien: como para el intercambio de productos las bestias feroces, que todo lo devoran a su paso, son necesarias, tu existencia es necesaria. (Ríen todos)

Varia: Mejor sería, Petia, que nos hablara usted de los planetas.

Liubov Andreevna: Prosigamos nuestra conversación de ayer.

Trofimov: ¿Sobre qué era?

Gaev: Sobre el orgullo del hombre.

Trofimov: Ayer discutimos largo rato sin llegar a ninguna conclusión... En el hombre orgulloso- según su idea- hay algo de misticismo... y, sin embargo, puestos a reflexionar con sencillez, sin alambicar, ¿qué lugar puede haber en él para el orgullo y qué sentido puede tener este cuando el hombre es fisiológicamente imperfecto y en su enorme mayoría bruto, poco inteligente y profundamente desgraciado?... ¡Hay que dejar de entusiasmarse ante sí mismo y limitarse a trabajar!.

Gaev: ¡Sea como sea, el final es que acaba uno muriéndose!

Trofimov: ¡Quién sabe!... ¿Qué significa eso de "acabar muriéndose"?... ¡Quizá el hombre tiene cien sentidos, y con la muerte solo perecen los cinco que nos son conocidos, mientras los restantes noventa y cinco continúan vivos!

Liubov Andreevna: ¡Qué inteligente es usted, Petia!...

Lopajin: (Con ironía) ¡Valiente atrocidad!

Trofimov: La Humanidad adelanta y se perfecciona... Todo lo que ahora le resulta inalcanzable, llegará el día en que le esté cercano y le sea comprensible... Lo único que hay que hacer es trabajar y ayudar con el máximo esfuerzo a aquellos que buscan la verdad. Entre nosotros, en Rusia, pocos son los que trabajan. La enorme mayoría de los intelectuales que conozco no buscan nada, ni hacen nada, ni están capacitados para el trabajo. Se califican a sí mismos de intelectuales, llaman de tú a la servidumbre, tratan a los "mujiks" como animales, estudian mal, no leen nada en serio, viven en la ociosidad, de la ciencia solo hablan y de arte entienden poco. Todos son graves, tienen caras severas... Todo discuten temas importantes, filosofan y, entre tanto, la enorme mayoría de nosotros, el noventa por ciento, vive como los salvajes... Por nada, tienen una riña; dicen palabrotas, comen de un modo asqueroso, duermen en medio de la suciedad, en una atmósfera sofocante, y por todas partes hay chinches, pestilencia, basura moral... Sin duda, todas nuestras buenas palabras no tienen más objeto que apartar la vista de uno mismo y de los demás... Muéstrenme dónde están las Casas-cuna, las Bibliotecas populares... Solo se habla de ellas en las novelas. En la realidad no existen. Lo único que hay es suciedad, vulgaridad... ¡Asia, en fin!... Yo temo y me desagradan las caras graves. Temo a las conversaciones graves... Más valdría que nos calláramos.

Lopajin: Yo, que me lamento cuando dan las cuatro de la madrugada, que trabajo de la mañana a la noche y que manejo mi dinero y el ajeno, veo cómo es la gente... Basta con ponerse a hacer alguna cosa para darse cuenta de las pocas personas decentes y honradas que hay. Algunas veces, cuando estoy desvelado, me pongo a pensar: "¡Dios mío!... ¡Nos han dado bosques enormes, campos inabarcables, horizontes

profundísimos..., por lo que cuantos aquí vivimos deberíamos ser grandes!"

Liubov Andreevna: ¡A usted le hacen falta gigantes...; pero los gigantes solo son buenos para los cuentos! En la vida nos asustan (Por el fondo del escenario pasa Epijodov, tocando la guitarra).

Liubov Andreevna: (Pensativa) Por ahí va Epijodov.

Gaev: Ya se ha puesto el sol.

Trofimov: Sí.

Gaev: (Bajito, y en tono un tanto declamatorio) "¡Oh, Naturaleza divina! ¡Brillas con eterno resplandor! ¡Maravillosa e indiferente, te llamamos madre y en ti se unen la existencia y la muerte! ¡Das la vida y destruyes!"...

Varia: (Suplicante) ¡Tiíto!

Ania: ¡Tío!...¡Ya empiezas otra vez!

Tropfimov: ¡Mejor haría usted apuntando "con la amarilla al centro"!

Gaev: Me callo, me callo... (Todos permanecen sentados, con aire pensativo. Reina el silencio. Solo se oye el mascullar de Firs. De lejos llega, de repente, un sonido que parece venir del cielo. El sonido triste y agonizante de la cuerda de un instrumento al romperse)

Liubov Andreevna: ¿Qué ha sido eso?

Lopajin: No sé. Algún cangilón que se habrá desprendido por ahí lejos..., en alguna noria... Pero muy lejos.

Gaev: Puede también que haya sido un pájaro. Uno del género, por ejemplo, de la garza.

Trofimov: O una lechuza.

Liubov Andreevna: (Estremeciéndose) No sé por qué, me ha impresionado desagradablemente. (Pausa)

Firs: Igual ocurrió antes de la desgracia. También graznó el búho y sonó el samovar.

Gaev: ¿Antes de qué desgracia?

Firs: Antes de que se nos diera la libertad. (Pausa)

Liubov Andreevna: Ya empieza a anochecer. Mejor será, amigos míos, que nos vayamos. (A Ania). Pero ¡si tiene los ojos llenos de lágrimas!... ¿Qué te pasa, nenita? (La abraza)

Ania: Nada, mamá... Nada

Trofimov: Viene alguien.

ESCENA V

Entra un Transeúnte, cubierto de un abrigo y tocado de una gorra blanca y usada. Está ligeramente borracho.

El Transeúnte: ¿Me permiten que les pregunte.... puedo pasar por aquí para ir directamente a la estación?

Gaev: Puede. Vaya por ese camino.

El Transeúnte: Le quedo altamente reconocido (Tras una breve tosecilla) ¡Qué hermosura de tiempo! (Declamando) "¡Hermano mío! ¡Hermano mío doliente!"... (A Varia) "¡Mademoiselle!"... ¡Sírvase socorrer a este ruso hambriento con unas treinta "kopeikas"! (Varia lanza un grito de susto)

Lopajin: (Enfadado) ¿Qué comportamiento es ese?

Liubov Andreevna: (Aturdida) ¡Tome!... ¡Aquí tiene!... (Rebuscando en el monedero) No llevo plata...; pero es igual. Tenga esta moneda de oro.

El Transeúnte: ¡Le quedo altamente reconocido! (Sale. Risas)

Varia: (Asustada) Me voy, me voy... ¡Ah, mamaíta!... ¡La gente en casa sin tener qué comer, y usted dando monedas de oro!

Liubov Andreevna: ¡No tengo remedio, tonta de mí!...En casa le daré todo lo que me queda... ¡Ermolai Alekseich! ¡Présteme algo más!

Lopajin: Lo que usted disponga.

Liubov Andreevna: ¡Vámonos, señores! ¡Ya es hora!... Aquí, Varia, en tu ausencia te hemos prometido. Felicidades.

Varia: (Con los ojos llenos de lágrimas) Con esto, mamá, no se puede bromear.

Lopajin: "¡Ofelia, vete a un convento!"

Gaev: Me tiemblan las manos. ¡Hace tanto que no juego al billar!

Lopajin: "¡Ofelia..., oh ninfa..., acuérdate de mí en tus plegarias.

Liubov Andreevna: Vámonos... Estarán ya para servir la cena.

Varia: ¡Qué susto me ha dado ese hombre! ¡Me palpita el corazón!

Lopajin: Recuerdo a ustedes, señores, que el día veintidós de agosto el jardín de los cerezos será puesto en venta. Piensen sobre ello. ¡Piensen! (Salen todos, menos Trofimov y Ania)

Ania: (Riendo) Gracias al transeúnte que ha asustado a Varia, ahora estamos solos.

Trofimov: Varia teme que, de pronto, empecemos a querernos, y no se separa de nosotros en todo el día. Su mente estrecha no le permite comprender que ambos estamos por encima del amor... Esquivar lo mezquino y lo fantasmagórico..., lo que nos impide ser libres y felices..., es, precisamente, el sentido y el fin de nuestra vida. ¡Adelante, pues!... ¡Avancemos sin detenernos hacia la refulgente estrella que brilla a lo lejos! ¡Sin retroceder, amigos!

Ania: (Uniendo las manos en un gesto de admiración) ¡Qué bien habla usted! (Pausa) Hoy se está aquí divinamente.

Trofimov:| Sí, el tiempo es asombroso.

Ania: ¿Qué hace usted conmigo?... ¿Por qué no tengo ya al jardín de los cerezos el amor que le tenía antes?...¡Le quería entrañablemente! ¡Se me figuraba que no había en la tierra lugar mejor que nuestro jardín!

Trofimov: Toda Rusia es nuestro jardín... La tierra es grande y maravillosa, y encierra infinidad de lugares encantadores. (Pausa) Fíjese, Ania... Su abuelo, su bisabuelo y todos sus antepasados tuvieron siervos..., fueron poseedores de almas vivas... ¿Será posible, entonces, que no sienta usted cómo desde cada cerezo del jardín, desde cada hoja, desde cada tronco, la miran seres humanos?... ¿Será posible que no oiga usted sus voces?... ¡Oh!... ¡Es terrible!... ¡Su jardín es medroso, y cuando se le atraviesa al anochecer, o durante la noche, la vieja corteza de sus árboles reluce con un brillo opaco!... ¡Diríase que los cerezos contemplan en sueños lo que fue hace ciento o doscientos años y que una agobiadora pesadilla les oprime... ¿Por qué callarlo?... ¡Vivimos en un atraso de, por lo menos, doscientos años!... ¡No tenemos absolutamente nada!... ¡No existe con el pasado una relación definida!... ¡No hacemos más que filosofar, lamentarnos de nuestras tristezas o beber vodka!... ¡Y, sin embargo, es todo tan claro!... ¡Si hemos de empezar a vivir nuestro presente, tenemos, primero, que pagar por nuestro pasado..., liquidarlo!... ¡Y solo podemos pagar con sufrimientos, con un trabajo intenso e ininterrumpido!... ¡Compréndalo, Ania!

Ania: Hace tiempo que la casa en que vivimos no es nuestra... Me marcharé de ella; le doy mi palabra.

Trofimov: ¡Si las llaves de su gobierno están en sus manos, tírelas al pozo y márchese!... ¡Sea libre como el viento!

Ania: (Con entusiasmo) ¡Qué bien ha hablado usted!

Trofimov: ¡Créame, Ania! ¡Créame!... ¡Aún no he cumplido los treinta años, soy joven, estudio todavía y, sin embargo,..., cuánto he sufrido ya!... ¡Llega el invierno y me encuentra hambriento, enfermo, intranquilo, pobre como un mendigo!... ¿A qué único sitio no me habrá arrojado el destino?... ¿Dónde no habré estado ya?... ¡No obstante, mi alma, en todo momento, de día y de noche, está llena de inexplicables presentimientos!... ¡Presiento la felicidad, Ania!... ¡Ya la veo!

Ania: (Pensativa) Está saliendo la luna (Se oye a Epijodov tocar, en su guitarra, la misma triste canción. La luna se alza. Por alguna parte, en la proximidad de los sauces, la voz de Varia, que busca a Ania, llama) ¿Ania dónde estás?

Trofimov: ¡La luna sale, sí!...¡He aquí la felicidad! ¡He aquí que ya llega..., que se acerca más y más... que oigo ya sus pasos!... ¡Y si nosotros no alcanzamos a conocerla!..., ¿qué pena hay en ello?...¡Otros la conocerán!

La voz de Varia: ¡Ania!... ¿Dónde estás?

Trofimov: (Con enfado) ¡Otra vez esa Varia! ¡Es indignante!

Ania: Vámonos, entonces, al río. Allí se está muy bien.

Trofimov: Vamos (Echan a andar)

La voz de Varia: ¡Ania!...¡Ania!

ACTO TERCERO

Sala separada del salón por un arco. La araña está encendida. Del recibimiento llega el sonido de la orquesta hebrea; de la misma a que se hizo referencia en el acto segundo. Es el anochecer. En el salón se halla el grand rond. Se oye decir a la voz de Simeonov Pischik; ¡Promenade à une paire!

ESCENA PRIMERA

Entra una serie de parejas. La primera la componen Pischik y Scharlotta Ivanovna, la segunda Trofimov y Liubov Andreevna, la tercera Ania y el Empleado de Correos, la cuarta Varia y el Jefe de Estación, etc., etc.... Varia llora silenciosamente y se enjuga las lágrimas mientras baila. De la última pareja forma parte Duniascha. Todos atraviesan la sala, y Pischik, que dirige, grita: Grand rond ¡Balence!... "¡Les cavaliers à genoux et remerciez vos dames!" Firs, vestido de frac, trae en una bandeja agua de Seltz. En la sala entran Pischik y Trofimov.

Pischik: Soy de constitución sanguínea. He sufrido ya dos ataques, y me cuesta mucho bailar; pero, como suele decirse: "a mal tiempo, buena cara"... Tengo una salud de caballo. Mi difunto padre, que en paz descanse, era muy bromista y solía decir, cuando hablaba de nuestra familia, que los Simenonov Pischik descendían de aquel caballo que Calígula plantó en el Senado. (Sentándose) ¡La desgracia es que no tengo dinero!... ¡El perro hambriento no tiene fe más que en la carne!... (Deja oír un breve ronquido y se despierta en el acto) ¡Igual soy yo!... ¡No puedo hacer otra cosa que no sea hablar de dinero!...

Trofimov: Su tipo, en efecto, tiene algo de caballo.

Pischik: ¡El caballo, después de todo, es un buen animal! ¡Un caballo puede venderse!... (Se oye jugar al billar en la habitación contigua. Bajo el arco del salón aparece Varia)

Trofimov: (Haciéndola rabiar) ¡Madame Lopajin! ¡Madame Lopajin!...

Varia: (Enfadada) ¡Señor tiñoso!

Trofimov: ¡Soy un señor tiñoso, sí..., y me enorgullezco de ello!

Varia: (En un tono de meditación amarga) Se ha hecho venir a los músicos y ¿con qué se les va a para?... (Sale).

Trofimov: (A Pischik) ¡Si toda la energía que ha empleado usted en el curso de su vida en la búsqueda de dinero con que pagar intereses, la hubiera aplicado a cualquier otra cosa, podría haber dado seguramente la vuelta al mundo!...

Pischik: Nietzsche..., el más grande y célebre de los filósofos..., hombre de enorme inteligencia..., dice en sus obras que es lícita la fabricación de billetes falsos.

Trofimov: ¿Usted a leído a Niezsche?...

Pischik: ¡Leerlo!... ¡Bueno..., ha sido Dascheñka la que me lo ha dicho! ¡La verdad es que ahora me encuentro en tal situación, que poco me falta para fabricar billetes falsos!... Pasado mañana tengo que pagar trescientos diez rublos, para lo cual ya me he procurado ciento treinta, (Con inquietud palpándose los bolsillos). ¡Me ha desaparecido el dinero! ¡He perdido el dinero! ¿Dónde está mi dinero?... (En tono alegre) ¡Aquí está! ¡Se me había metido por dentro del forro!... ¡Estoy sudando del susto!

ESCENA II

Liubov Andreevna: (Tarareando "Lesguinka") [3] ¿Por qué tarda tanto Leonid en volver?... ¿Qué hace en la ciudad? (A Duniascha) Hay que ofrecer té a los músicos.

Trofimov: Con seguridad no ha habido subasta.

Liubov Andreevna: ¡No es este, en realidad, momento muy adecuado para traer aquí músicos ni organizar un baile; pero.... ¡qué se le va a hacer! (Se sienta y se pone a tararear bajito).

Scharlotta: (Dando a Pischik una baraja) Tome esta baraja. Piense una carta.

Pischik: Ya la he pensado.

Scharlotta: Baraje ahora. Muy bien... Deme la baraja, mi querido señor Pischik... "Ein... zwei..., drei"... Búsquela ahora. La tiene usted en su bolsillo del costado...

Pischik: (Sacándose del bolsillo del costado la carta) El ocho de "pique"... Exacto... (Asombrado) ¡Increíble!

Scharlotta: (A Trofimov, presentándole la baraja en la palma de la mano). ¿Qué carta es la de arriba?

Trofimov: ¿Cómo?... Pues..., la dama de "pique".

Scharlotta: Aquí la tiene usted. (A Pischik) Usted ahora. Dígame la carta de arriba.

Pischik: El as de corazones.

---

[3] Baile caucasiano.

Scharlotta: Aquí está (Da unas cuantas palmadas y la baraja desaparece) ¡Qué buen tiempo hace hoy! (Una voz misteriosa, que parece provenir del suelo, responde: "¡Oh, sí..., señora..., un tiempo magnífico!")... ¡Es usted mi gran ideal! (La voz: "También usted, señora, me agrada a mi mucho")

El Jefe de Estación: (Aplaudiendo) ¡Bravo, señora prestidigitadora!

Pischik: (Asombrado) ¡Parece increíble!... ¡Encantadora Scharlotta Ivanovna..., estoy sencillamente enamorado!

Scharlotta: ¿Enamorado? (Encogiéndose de hombros) ¿Acaso es usted capaz de enamorarse?... "¡Güter Mensch abor schlechter Musikant!"

Trofimov: (Dando un manotazo a Pischik) ¡Vaya caballo que está usted hecho!

Scharlotta: ¡Solicito la atención general! (Coge una manta que está sobre una silla) ¡Vean; aquí está, una buena manta que deseo vender! (Agitándola) ¿Quién me la compra?

Pischik: (Asombrado) ¡Parece increíble!

Scharlotta: "Ein, Zwei, drei" (Da un rápido tiró a la manta y aparece Ania, que tras saludar con una reverencia y abrazar a su madre, vuelve corriendo al salón en medio del entusiasmo general)

Liubov Andreevna: (Aplaudiendo) ¡Bravo, bravo!...

Scharlotta: ¡Otro más! "Ein..., zwei..., drei"... (vuelve a tirar de la manta, y surge saludando Varia)

Pischik: (Asombrado) ¡Parece increíble!

Scharlotta: ¡Se acabó! (Arroja a Pischik la manta, hace una reverencia y corre al salón)

Pischik: (Siguiéndola apresurado) ¡Vaya con Scharlotta Ivanovna!... ¡Vaya! (Sale)

Liubov Andreevna: ¡Y Leonid sin volver! ¡No comprendo lo que hace en la ciudad tanto tiempo! ¡Todo tiene que haber terminado ya!...¡O se ha vendido la hacienda o no ha habido subasta...; y en ese caso, ¿por qué dejarla a una tanto tiempo en la ignorancia de lo que ocurre?

Varia: (Tratando de consolarla) Estoy completamente segura de que el tiíto ha comprado la hacienda.

Trofimov: (Con ironía) Desde luego.

Varia: La abuela le ha mandado una autorización para comprar en su nombre. Lo hace por Ania. Estoy segura... ¡Dios nos protegerá!... ¡El tiíto comprará la hacienda!

Liubov Andreevna: Sí. La abuela de Iaroslav manda quince mil rublos para comprarla y ponerla a su nombre. No nos cree, por lo que ese dinero no alcanza ni para jugar los intereses (Hundiendo el rostro entre las manos) ¡Mi suerte se decide hoy! ¡Mi suerte!

Trofimov: (Haciendo rabiar a Varia) ¡Madame Lopajin!

Varia: (Con enfado) ¡Estudiante eterno!... ¡Ya son dos las veces que le han echado a usted de la Universidad!

Liubov Andreevna: ¿Por qué te enfadas, Varia? ... ¡Si te da b roma llamándole Lopajin..., que te la dé!... ¡Puedes, si quieres, casarte con Lopajin!... ¡Es un hombre bueno e interesante!... ¡Y, si no quieres, no te cases!... Nadie te obliga, querida.

Varia: Para mi este es un asunto muy serio... Es buena persona y me gusta.

Liubov Andreevna: ¡Pues cásate, entonces! ¿A qué esperas?... No lo entiendo.

Varia: ¡Pero, mamaíta! ¡No voy a declararme yo!... ¡Hace dos años que todo el mundo me hablar, salvo él, que se calla o lo echa a broma!... ¡Y no lo comprendo!... ¡Se está haciendo su fortuna, tiene muchas ocupaciones, y no le queda tiempo para mí!... ¡Lo comprendo!... ¡Si yo tuviera dinero... -aunque fuera poco..., aunque no fuera más de cien rublos- lo abandonaría todo y me marcharía lejos!... Me iría a un convento.

Trofimov: ¡Qué santidad!

Varia: (A Trofimov) ¡Los estudiantes deben ser inteligentes! (Suavizando el tono y con los ojos llenos de lágrimas) ¡Qué feo se ha vuelto usted, Petia!... ¡Cómo se ha aviejado! (A Liubov Andreevna, y ya sin lágrimas) ¡Solo que no puedo estar sin hacer nada, mamaíta!... ¡Tengo que estar, en todo momento, ocupada en algo!

ESCENA III

Entra Iascha

Iascha: (Pudiendo apenas contener la risa) ¡Epijodov ha roto un taco del billar!... (Sale)

Varia: ¿Y qué hace aquí Epidojov? ¿Quién le ha dado permiso para jugar el billar?... ¡No hay quien entienda a esta gente! (Sale)

Liubov Andreevna: ¡No la haga rabiar, Petia!... ¡Ya está usted viendo la pena que tiene!

Trofimov: ¡Se afana demasiado en todas las cosas, y mete la nariz donde no tiene que meterla!... ¡A Ania y a mí no nos ha dejado en paz en todo el verano!... ¡Tenía miedo de que nos enamoráramos!... ¿Y eso, después de todo, qué le importa a ella?... Además, por mi parte no ha habido la menor indicación... ¡Estoy tan lejos de lo vulgar!... ¡Ambos estamos por encima del amor!

Liubov Andreevna: ¡Y yo por debajo, con seguridad!... (Presa de fuerte nerviosismo) ¿Por qué no vendrá Leonid?... ¡Oh..., saber siquiera si se ha vendido o no la hacienda!... ¡Semejante desgracia se me antoja tan inverosímil que no puedo ni pensar en ella!... ¡Estoy totalmente desorientada!... ¡Sería capaz de empezar a gritar o de ponerme a hacer una tontería!... ¡Sálveme, Petia! ¡Dígame alguna cosa! ¡Dígamela!

Trofimov: ¿Qué importa que la hacienda se haya vendido o no!... ¡Ese es asunto hace tiempo terminado!... ¡Ya no hay posibilidad de vuelta atrás!... ¡Se borró el senderito!... ¡Cálmese querida! ... ¡No hay que engañarse a sí mismo! ¡Al menos, una vez en la vida, es preciso mirar a la verdad cara a cara!

Liubov Andreevna ¿A qué verdad?... ¡Usted, acaso, ve dónde está la verdad y dónde la mentira, pero yo diríase que he perdido el don de la vista y no veo nada!... ¡Usted afronta valientemente todas las cuestiones importantes; pero dígame, querido..., ¿no será porque es usted joven y no ha tenido tiempo de pasar por el sufrimiento que esas cuestiones encierran, por lo que tan valientemente mira frente a sí?... El que no vea usted ni tema nada aciago, ¿no será porque la vida se oculta aún a sus jóvenes ojos?... ¡Es usted más valiente, más profundo, más honrado que nosotros; pero... piense..., sea generoso y tenga piedad de mí!... ¡Aquí he nacido!... ¡Aquí vivieron mi padre, mi madre y mi abuelo!... ¡Quiero a esta casa! ¡Sin el jardín de los cerezos no comprendo la vida y, si es necesario venderlo, que me vendan a mí con él!... (Abrazando a Trofimov y besándole en la frente) ¡Aquí se ahogó mi hijo! (Llorando) ¡Hombre bueno..., compadézcase de mí!

Trofimov: La acompaño con toda el alma, Liubov Andreevna.

Liubov Andreevna: ¡Debería usted decirlo de otra manera! (Saca el pañuelo y cae al suelo un telegrama) ¡Si pudiera usted solo imaginar lo agobiada que me siento! ¡Hay aquí tanto ruido! ¡El menor sonido estremece mi alma; pero tampoco puedo retirarme a mis habitaciones, pues sola, en medio del silencio, tengo miedo!... ¡No me juzgue mal, Petia! ¡Le quiero como a un hijo!... ¡De buen grado

le daría a Ania por mujer! ¡Se lo juro!... ¡Pero, eso sí, querido... hay que estudiar..., hay que terminar esa carrera! ¡No hace usted más que dejarse arrastrar por el destino, de un lado para otro, y eso es tan singular!... ¿Verdad?... ¡También tiene que hacer algo para que le crezca esa barba!... (Ríe) ¡Qué divertido es usted!

Trofimov: (Levantando del suelo el telegrama) No quiero ser guapo.

Liubov Andreevna: Este telegrama es de París... Todos los días recibo uno. Igual hoy que ayer... Ese hombre especial ha vuelto a enfermar, se encuentra mal, me pide perdón y me suplica que vaya...¡Y a decir verdad yo debería ir a París y estarme a su lado!... ¡Qué severa se ha puesto su cara, Petia!... Pero ¿qué voy a hacerle si está enfermo, solo..., si es desgraciado y no tiene a nadie que le cuide, que le aparte de sus errores y que le dé las medicinas a la hora debida?... Y...¿por qué ocultarlo?... ¿Por qué callarlo?... Le quiero, sí... ¡Le quiero! ¡Le quiero!... ¡Es como una piedra colgada de mi cuello con la que me hundo; pero quiero a esta piedra y no puedo vivir sin ella! (Estrechando la mano de Trofimov) ¡No piense mal de mi, Petia!... ¡No me diga nada! ¡No me diga nada!

Trofimov: (Con lágrimas en los ojos) ¡Perdone mi sinceridad, por el amor de Dios!... ¡Ese hombre la ha despojado de sus bienes!...

Liubov Andreevna: (Tapándose los oídos) ¡No, no y no! ¡No hay que hablar así!

Trofimov: ¡Es un canalla..., cosa que usted es la única en no saber!... ¡Un miserable canalla! ¡Un ser anodino!

Liubov Andreevna: (Conteniendo su enfado) ¡Ha cumplido usted ya los veintiséis o los veintisiete, y parece usted un colegial de segundo año!

Trofimov: ¡Puede que sí!

Liubov Andreevna: ¡Hay que ser un hombre! ¡A su edad hay que hacerse cargo de lo que es querer!...¡Y usted mismo debería querer, enamorarse!... (Irritada) Sí, sí... ¡En usted no hay pureza, sino sencillamente pulcritud!... ¡Es usted un ser cómico!... ¡Un chiflado! ¡Un adefesio!...

Trofimov: (Con espanto) ¿Qué esta usted diciendo?...

Liubov Andreevna: "¡Estoy por encima del amor!"...¡Usted no está por encima del amor!"...¡Lo que le pasa es que es usted, sencillamente un patoso..., como dice nuestro Firs!... ¡A su edad y no tener una amante!

Trofimov: (Espantado) ¡Esto es terrible! ¿Qué está diciendo? (Cogiéndose la cabeza entre las manos, se dirige rápidamente al salón) ¡Es terrible!...¡No lo puedo soportar! (Sale un momento, pero en el acto vuelve a entrar) ¡Entre nosotros todo ha terminado! (Se aleja por el recibimiento)

Liubov Andreevna: (Gritándole a la espalda) ¡Petia!... ¡Espere!... ¡No sea cómico!...¡Si ha sido todo una broma!... ¡Petia!... (Alguien baja rápidamente la escalera del recibimiento; luego, de pronto, se le oye rodar por ella. Suena primero el grito lanzado por Ania y por Varia, luego sus risas) ¿Qué ha sido eso? (Ania entra corriendo)

Ania: (Entre risas) ¡Petia, que se ha caído por la escalera! (Corre otra vez afuera)

Liubov Andreevna: ¡Qué chiflado es este Petia! (El jefe de estación, situándose en medio de la sala, empieza a recitar "La Pecadora" de Tolstoi. La concurrencia la escucha, pero apenas ha tenido tiempo de decir unas cuantas líneas, ya los compases de un vals, que llegan del recibimiento, interrumpen la recitación. Todos se lanzan al baile. De la antesala entran Trofimov, Ania, Varia y Liubov Andreevna) ¡Bueno, bueno, Petia!... ¡Bueno, alma pura!... ¡Le pido perdón! ¡Bailemos! (Se pone a bailar con Petia. Ana y Varia bailan juntas. Entra Firs y deja su bastón al lado de la puerta. Entra también Iascha, que se detiene a ver bailar)

Iascha: ¿Qué hay..., abuelo?

Firs: No me encuentro muy bien... ¡Aquí en tiempos, cuando se daba un baile, los que bailaban eran generales, barones, almirantes!... ¡Ahora, en cambio, mandas a buscar al empleado de Correos y al jefe de estación y te vienen de mala gana!... Siento un poco de debilidad... El difunto señor..., el abuelo..., fuera lo que fuera una enfermedad, aconsejaba a todo el mundo que la remediara con lacre. Yo hace ya veinte años que lo estoy tomando a diario. Puede que por eso viva.

Iascha: ¡Ah, qué aburrido eres, abuelo! (Bostezando) ¡Ojalá te murieras cuanto antes!

Firs: ¡Déjame en paz!... ¡Patoso! (Masculla algo, Trofimov y Liubov Andreevna bailan primero en el salón, luego en la sala).

Liubov Andreevna: "Merci". Me sentaré un poco (Sentándose) ¡Estoy cansada!

ESCENA IV

Entra Ania

Ania: (Excitada) ¡En la cocina acaba de decir un hombre que el jardín de los cerezos ha sido vendido hoy!

Liubov Andreevna: ¿Y a quién se ha vendido?

Ania: No ha dicho a quien. Se marchó (Trofimov y ella pasan bailando a la sala)

Iascha: ¡Lo dijo un viejo que estuvo ahí hablando!... ¡Uno de fuera!

Firs: ¡Y Leonid Andreich sin venir! ¡Se ha puesto el abrigo ligero..., el de entretiempo..., con que veremos a ver si no coge un resfriado!... ¡Ay, juventud, juventud!...

Liubov Andreevna: ¡Me siento a punto de morir! ¡Vaya, Iascha, y entérese de a quién ha sido vendido el jardín!

Iascha: ¡pero si ya hace tiempo que se marchó el viejo. (Ríe)

Liubov Andreevna: (Con ligero enojo) Bueno... ¡Y se puede saber de qué se ríe usted?... ¡Qué le alegra tanto!

Iascha: ¡De Epijodov!...¡Tiene la gracia por arrobas!... ¡El hombre es tonto!... ¡"Veintidós desdichas"!...

Liubov Andreevna: Si la hacienda se vende... ¿adónde irás a parar tú, Firs?

Firs: A donde mande la señora. Allí iré.

Liubov Andreevna: ¿Por qué tienes esa cara? ¿No te encuentras bien?... Lo mejor que podías hacer era acostarte.

Firs: ¡Acostarme, sí!... (Con una sonrisa) ¿Y quién va a hacer aquí las cosas, si falto yo?... ¡Estoy solo para todo!

Iascha: (A Liubov Andreevna) ¡Liubov Andreevna! ¡Permítame que le dirija un ruego!... ¡Tenga la bondad!... ¡Si se va usted otra vez a París, lléveme a mí también! ¡Hágame la merced!... ¡Yo, decididamente, no puedo estar aquí!. (Bajando la voz y mirando a su alrededor) Para qué vamos a hablar... Usted es la primera en saberlo... El país es inculto y la gente inmoral...¡Y como aburrido!... ¡En la cocina le dan a uno de comer horriblemente mal y, por si fuera poco, este Firs, correteando siempre de aquí para allá y mascullando vaya usted a sabe qué!... ¡Lléveme consigo!... ¡Tenga esa bondad!

ESCENA V

Entra Pischik

Pischik: ¡Adorable mujer..., permítame que la invite a un vals! (Liubov Andreevna se pone a bailar con él) ¡En todo

caso, ciento ochenta rublos sí podrá usted darme, encanto!... ¡Me los dará!... (Pasan bailando al salón)

Iascha: (Canturreando a media voz) "¿Podrás comprender... la inquietud de mi alma?"... (En el salón, un figura tocada con chistera gris y vistiendo un pantalón a cuadros, da saltos y agita los brazos. Se oye gritar "¡Bravo, Scharlotta Ivanovna!")

Duniascha: (Deteniéndose para empolvarse el rostro) La señorita me ha mandado que baile. Hay muchos caballeros y pocas damas...; pero a mi, Firs Nikolaevich, el baile me marea la cabeza y me produce palpitaciones al corazón. ¡Figúrese que ahora el empleado de Correos acaba de decirme una cosa que me ha cortado la respiración!... (La música cesa) "¡Parece usted -me dijo- una flor!"

Iascha: (Bostezando) ¡Qué ignorancia! (Sale)

Duniascha: ¡Una flor!... ¡Yo soy una muchacha tan delicada!... ¡Me agradan mucho las palabras dulces!

Firs: ¡Vas a perder la cabeza!

ESCENA VI

Entra Epijodov

Epijodov: ¡Avdotia Fedorovna!... ¡No quiere usted fijarse en mi! ¡Me hace el mismo caso que a un insecto! (respira) ¡Qué vida esta!

Duniascha: ¿Y qué es lo que desea?

Epijodov: ¡Tendrá usted razón, seguramente; pero, claro..., mirando desde otro punto de vista, usted..., permítame la expresión..., y perdón por la franqueza..., me tiene en un estado de ánimo terrible!... ¡Conozco mi mala fortuna!... ¡No hay día en el que no me ocurra alguna desgracia!... ¡Ya estoy acostumbrado a ello, por lo que contemplo mi destino con la sonrisa en los labios!... ¡Me dio usted su palabra y aunque yo...!

Duniascha: Le ruego que me deje ahora en paz. Ya hablaremos más tarde. Ahora estoy soñando (Juguetea con el abanico)

Epijodov: ¡No hay día que no me ocurra alguna desgracia, aunque yo..., permítame la expresión..., me limite a sonreír y hasta me ría!... (Sale del salón y entra en la sala Varia)

Varia: ¿Todavía no te has marchado, Semión? ¡Qué hombre más poco respetuoso eres!... ¡Duniascha..., sal de aquí! (A Epijodov) ¡Tan pronto te pones a jugar al billar y rompes un taco, como te paseas por la sala como si fueras un invitado!

Epijodov: Permítame que le diga que no tiene derecho a exigirme nada.

Varia: No te exijo nada. Te estoy hablando, sencillamente. Te pasas el tiempo vagando de aquí para allá sin ocuparte de lo que hay que hacer. ¡No se sabe para qué tenemos un escribiente!

Epijodov: (Ofendido) ¡Si trabajo, si ando, si como o si juego al billar... son cosas que solo pueden censurar los que entienden!... ¡Las personas mayores!...

Varia: ¿Cómo te atreves a hablarme así? (Acaloradamente) ¿Cómo te atreves? ¿Quieres, acaso, decir que yo no entiendo? ¡Fuera de aquí inmediatamente! ¡Ahora mismo!

Epijodov: (Acobardado) Le ruego se exprese con más delicadeza.

Varia: (Fuera de sí) ¡Largo de aquí ahora mismo! ¡Largo!... (Epijodov seguido de Varia, se dirige a la puerta)¡Veintidós desdichas!... ¡No vuelvas a poner aquí los pies! ¡Que mis ojos no te vean más! (Epijodov sale, oyéndose decir al otro lado de la puerta: "¡Voy a quejarme de usted!") ¡Ah!... ¿Con que vuelves otra vez?... (Cogiendo el bastón, dejado junto a la puerta por Firs) ¡Ven!... ¡Ven!... ¡Ven!... ¡Ya te haré yo ver!... ¿Vienes?..., ¿Vienes? ¡Pues toma! (En el preciso momento en que alza el brazo y golpea, entra Lopajin)

Lopajin: Muy agradecido.

Varia: (Con ironía y todavía enfadada) Usted dispense.

Lopajin: No ha sido nada. Muchas gracias por el grato obsequio.

Varia: No hay por qué dar las gracias (Se retira a un lado, pero luego se detiene y pregunta suavemente) ¿Le he hecho daño?

Lopajin: No, ninguno..., aunque... el chichón será hermoso.

Voces en el salón: "¡Ha llegado Lopajin!... ¡Ermolai Aleksich!"

Pischik: Aquí está (Cambiando un abrazo con Lopajin) ¡Hueles a coñac, amigo! ¡También aquí nos estamos divirtiendo!

ESCENA VII

Entra Liubov Andreevna

Liubov Andreevna: ¿Es usted, Ermolai Aleksich?...¿Por qué han tardado tanto?... ¡Dónde está Leonid?

Lopajin: Leonid Andreich ha venido conmigo. En seguida estará aquí.

Liubov Andreevna: (Nerviosa) Bueno..., ¿Y qué? ¿Hubo subasta?... ¡Habla!

Lopajin: (Azarado, y temiendo descubrir su alegría) La subasta terminó a eso de las cuatro... Llegamos con retraso al tren y tuvimos que esperar hasta las nueve y media. (Con un profundo suspiro) ¡Uf!... ¡La cabeza me da vueltas!

ESCENA VIII

Entra Gaev. Con la mano derecha sostiene algunos paquetes, y con la izquierda se seca las lágrimas.

Liubov Andreevna: ¡Lionia!... ¿Qué?... ¡Lionia!... ¿Qué hay?... (Impaciente y llorosa) ¡Por el amor de Dios!...

Gaev: (Haciendo, por toda respuesta, un ademán de desesperación, y a Firs, llorando.) ¡Coge esto!... ¡Ahí vienen anchoas..., arenques!... ¡No he probado bocado! ¡Cuánto he sufrido! (Por la puerta abierta del billar se oye un chocar de bolas y la voz de Iascha, diciendo: "¡Siete y dieciocho!" El rostro de Gaev adquiere una nueva expresión. Ya no llora.) ¡Estoy terriblemente cansado! ¡Ven Firs, y ayúdame a cambiarme de ropa! (Atraviesa el salón camino de su cuarto, seguido por Firs)

Pischik: ¿Qué pasó en la subasta? Cuéntenos.

Liubov Andreevna: ¿Ha sido vendido el jardín de los cerezos?

Lopajin: Sí... Ha sido vendido.

Liubov Andreevna: ¿Y quién lo ha comprado?

Lopajin: Lo he comprado yo. (Pausa. Liubov Andreevna experimenta tal depresión, que hubiera caído al suelo de no haber estado junto a una butaca y una mesa; Varia se quita del cinturón el manojo de llaves, lo tira en medio de la sala y se va). ¡Lo he comprado yo!... ¡Esperen, señores! ¡Hagan el favor!... ¡Tengo tal

embrollo en la cabeza!... ¡No puedo hablar!... (Ríe) Es el caso que, cuando llegamos a la subasta, ya estaba allí. Deriganov... Leonid Andreich no disponía de más de quince mil rublos, mientras que Deriganov empezó ofreciendo de un golpe treinta sobre la deuda... Yo me di cuenta en seguida de que el asunto se ponía serio, y ofrecí cuarenta... Él, entonces cuarenta y cinco... Yo, cincuenta y cinco... Él iba subiendo de cinco en cinco, y yo de diez en diez... Hasta que, por fin, con mis noventa mil sobre la deuda, todo terminó a mi favor... ¡El jardín de los cerezos es ahora mío!... ¡Mío! (Ríe) ¡Dios mío!... ¡Mío el jardín!... ¡Díganme que estoy borracho! ¡Que he perdido el juicio!... ¡Que es todo imaginación... (Dando patadas en el suelo) ¡No se rían de mi!... ¡Si mi padre y mi abuelo se levantaran de la tumba y asistieran a este acontecimiento!... ¡Si vieran a su Ermolai, tan apaleado..., a su analfabeto Ermolai..., a aquel que corría descalzo durante los inviernos..., a ese mismo Ermolai, comprando la hacienda más maravillosa que pueda existir en el mundo!... ¡He comprado la hacienda en la que mi padre y mi abuelo fueron esclavos! ¡En la que ni siquiera en la cocina se les permitía entrar!... ¿Es esto un sueño? ¿Una ilusión? ¿Solo un producto de la imaginación envuelto en la oscuridad de la incertidumbre? (Levantando las llaves del suelo, con una sonrisa de ternura) ¡Tiró las llaves!... ¡Quiere demostrar que ya no manda aquí! (Haciéndolas tintinear.) ¡Bueno!... ¡Es igual! (Se oye a los músicos afinar sus instrumentos) ¡Eh, músicos!... ¡Tocad!... ¡Quiero oíros!... ¡Venid todos y ved cómo Ermolai Lopajin asesta su primer hachazo al jardín de los cerezos!... ¡Cómo los árboles caen derribados al suelo!... ¡Construiremos casas veraniegas y nuestros nietos y bisnietos conocerán aquí una nueva vida!... ¡Toca, música!... (La música empieza. Liubov Andreevna, desplomada sobre una silla, llora amargamente, con rencor) ¿Por qué..., por qué no quiso usted oírme?... ¡Pobre..., pobre mía!... ¡Ya no se puede volver al pasado! (Con los ojos llenos de lágrimas) ¡Oh! ¡Que pase pronto todo esto!... ¡Que cambie nuestra desdichada vida!

Pischik: (A media voz, cogiéndole de un brazo) ¡Está llorando! ¡Vámonos al salón! ¡Dejémosla sola! ¡Vamos! (Le coge de un brazo y le encamina hacia el salón)

Lopajin: Pero, bueno, y esto ¿qué es?... ¡Música, toca más fuerte! ¡Que se haga todo como yo deseo!... ¡Aquí va un nuevo terrateniente! ¡El amo del jardín de los cerezos! (al ir a salir, tropieza con una mesita y está a punto de dejar caer. Los candelabros que hay sobre ella) ¡Todo puede pagarlo!... (Sale con Pischik. En el salón y en la sala no queda nadie, salvo Liuybov Andreevna, que, sentada y con el cuerpo encogido, llora amargamente. La música toca en un tono suave. Trofimov y Ania entran rápidamente. Ésta se acerca a su madre y se arrodilla ante ella. Trofimov permanece detenido en la línea que separa la sala del salón).

Ania: ¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Estás llorando!... ¡Mi querida! ¡Mi maravillosa mamá! ¡Cuánto te quiero!... ¡Te bendigo!... ¡Se ha vendido el jardín de los cerezos! ¡Ya no existe, es cierto, pero no llores, mamá!... ¡Por delante de ti te queda la vida!... ¡La pureza del alma!... ¡Ven conmigo!... ¡Ven, querida!... ¡Vámonos de aquí!... ¡Plantaremos un nuevo jardín que será más hermoso que este! ¡Tú has de verlo..., de comprender..., y la alegría, una alegría profunda, descenderá a tu alma como desciende el sol cuando se pone..., y volverás a sonreír, mamá!... ¡Vámonos, querida! ¡Vámonos!...

TELON

ACTO CUARTO

La misma decoración del primer acto. En las ventanas no hay visillos ni en las paredes cuadros. Solo unos cuantos muebles, como destinados a la venta, permanecen arrinconados. El ambiente es de vacío. Al fondo del escenario, junto a la puerta de entrada, se ven preparadas maletas, envoltorios, etc... Por la puerta abierta de la izquierda se oye hablar a Ania y a Varia.

ESCENA PRIMERA

Lopajin tiene una actitud expectante e Iascha transporta con ambas manos una bandeja llena de copas de champaña. En el recibimiento, Epijodov ata con cuerdas un cajón, y detrás del escenario suenan voces; las de los mujiks que

vienen a despedir a los señores. Se oye decir a Gaev "¡Gracias, hermanos! ¡Gracias!.

Iascha: ¡Es la pobre gente que viene a despedirlos!... Gente, en mi opinión..., (Se calma el ruido de voces. De la antesala entran Liubov Andreevna y Gaev. La primera ya no llora, aunque está muy pálida. Su rostro tiembla y no puede articular palabra)

Gaev: ¡Le has dado el monedero lleno, Liuba!... ¡Eso no puede hacerse!...

Liubov Andreevna: ¡No me lo pude impedir! (Salen ambos)

Lopajin: (Llamándolos) ¡Se lo ruego, por favor! ¡Acepten una copita de despedida!... ¡Me olvidé en la ciudad de comprar champaña y en la estación solo he encontrado una botella!... ¡Por favor!... (Pausa) ¡No quieren ustedes?... (Alejándose de la puerta) Sí lo sé, no lo compro. Tampoco bebo yo entonces (Iascha deposita cuidadosamente la bandeja sobre una silla) ¡Bebe tú, Iascha, por lo menos!

Iascha: ¡A la salud de los que se van y de los que se quedan! (Bebe) Este champaña no es auténtico. Seguro.

Lopajin: Pues cuesta ocho rublos la botella (Pausa) Hace un frío de mil diablos aquí.

Iascha: Hoy no se ha encendido. ¡Como ya nos vamos!... ¿para qué?... (Ríe.)

Lopajin: ¿De qué te ríes?

Iascha: De gusto

Lopajin: Ya estamos en octubre, y en la calle hace el mismo sol y la misma calma que en verano. Un tiempo muy bueno para edificar. (Después de mirar el reloj y dirigiendo la voz a la puerta) ¡Señores! ¡Tengan en cuenta que solo faltan cuarenta y siete minutos para la salida del tren..., lo cual quiere decir que dentro de veinte habrá que marcharse ala estación!... ¡Dense prisa!

ESCENA II

De la calle, entra Trofimov con el abrigo puesto.

Trofimov: Creo que ya es hora de irse. Los coches están ahí ya. ¿Adónde diablos habrán ido a parar mis chanclos? Me han desaparecido. (Dirigiendo su voz a la puerta) ¡Ania!... ¿No estarán ahí mis chanclos?... ¡No los encuentro!

Lopajin: Yo tengo que salir para Jarkov. Les acompaño en el mismo tren. En Jarkov pasaré el invierno. En todo el

tiempo que he estado a su lado no he hecho nada, cosa que ya me cansa. ¡No puedo vivir sin trabajar!... No sé qué hacer de mis manos. Me cuelgan de un modo extraño..., como si no fueran mías.

Trofimov: Ahora que ya nos vamos, reanudarás tu fructífero trabajo.

Lopajin: Toma una copita.

Trofimov: No..., no quiero.

Lopajin: ¿Con que entonces..., ahora a Moscú?

Trofimov: Sí. Iré con ellos hasta la ciudad, y mañana saldré yo para Moscú.

Lopajin: ¡Claro!... ¡Los catedráticos estarán sin dar clase..., esperando seguramente tu llegada!...

Trofimov: Eso a ti no te importa.

Lopajin: ¿Cuántos años llevas ya estudiando en la Universidad?

Trofimov: ¡Idea algo más nuevo!... ¡Eso está ya viejo y no tiene interés! (Buscando los chanclos) ¿Sabes una cosa?... Quizá no volvamos a vernos, por lo que me permitirás que te dé un consejo de despedida. No agites tanto los brazos... ¡Claro que el construir casas veraniegas y el calcular los propietarios particulares que pueden salir de los veraneantes, también es agitarse!... En fin, sea como sea, te tengo afecto. Tienes dedos finos y delicados de artista, y un alma también fina y delicada.

Lopajin: (Abrazándole) ¡Adiós, querido!... Gracias por todo... Si necesitas dinero para el viaje, aquí estoy yo.

Trofimov: ¿Para qué necesito yo dinero?

Lopajin: ¡Pero si no lo tienes!

Trofimov: Lo tengo... Te lo agradezco. He cobrado mi traducción, y aquí lo llevo. En este bolsillo (Preocupado) ¡Y mis chanclos sin aparecer!

Varia: (Desde la habitación contigua) ¡Coja esa porquería suya! (Arroja al medio del escenario un par de chanclos de goma)

Trofimov: ¿Por qué ese enfado. Varia?... ¡Hum!... ¡Pero si estos no son mis chanclos!

Lopajin: En la primavera pasada planté mil "desiatin" de amapolas que me han dado ahora cuarenta mil rublos limpios... ¡Y cuando mis amapolas estaban en flor!... ¡Qué cuadro aquel!... Así, pues..., como te digo, me he ganado cuarenta mil rublos..., por lo que, si te ofrezco un préstamo, es porque puedo hacerlo... ¿A qué vienen esos aires de orgullo? ¡Soy un "mujik"! ¡todo en mi es sencillo!

Trofimov: Tu padre fue "mujik" y el mío boticario, de lo cual no se deduce absolutamente nada (Lopajin saca la cartera) ¡Deja! ¡Deja!... Aunque me ofrecieras mil rublos no te

los aceptaría. Soy un hombre independiente. Todo lo que ustedes, ricos y pobres, tienen en muy alta estima, no ejerce poder ninguno sobre mi. Lo mismo que el plumón cuando vuela por el aire.... Yo puedo prescindir de ustedes... Puedo pasarles por delante... Soy fuerte y orgulloso... La humanidad camina hacia la más elevada verdad..., hacia la más elevada felicidad que pueda existir en la tierra, y yo marcho en las primeras filas...

Lopajin: ¿Y llegarás?

Trofimov: Sí. Llegaré (Pausa) Llegaré o, al menos señalaré a los demás el camino a seguir para llegar (A lo lejos resuenan golpes de hacha asestados sobre un árbol).

Lopajin: Bueno...Adiós, querido... Ya es hora de marcharse. Aquí estamos el uno frente al otro, dándonolas de orgullosos y, mientras tanto, la vida sin preocuparse de nosotros... Por mi parte, cuando llevo mucho tiempo trabajando incansablemente, el pensamiento se me hace más ligero y se me figura que ya sé para qué existo. ¡Cuánta gente, sin embargo, hay, hermano, en Rusia que no sabe para qué existe!... Bueno, es igual... ¡Para remontar el curso de la vida no hay que saberlo!... ¡Dicen que Leonid Andreich ha aceptado un empleo en el Banco, por el que le dan seis mil rublos anuales... pero a saber si lo conservará mucho tiempo!... ¡Es demasiado perezoso!

Ania: (Desde el umbral de la puerta) ¡Mamá le ruega que, mientras esté ella aquí, no sean talados los árboles!

Trofimov: En efecto, ¿será posible semejante falta de tacto?... (Sale al recibimiento)

Lopajin: ¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo voy a decir...! ¡Qué gente esta! (Sale tras él.)

Ania: ¿Llevaron a Firs al hospital?

Iascha: Yo lo dije esta mañana. Es de suponer que lo hayan hecho.

Ania: (A Epijodov, que pasa en este momento por el salón) ¡Semión Panteleich!... ¿Quiere hacer el favor de enterarse de si han llevado a Firs al hospital?

Iascha: (Ofendido) ¡Esta mañana se lo dije yo a Egor! ¿Por qué preguntarlo entonces diez veces?

Epijodov: ¡En opinión mía, es decididamente imposible que tenga ya arreglo el valetudinario de Firs! ¡Tiene que emprender el camino hacia sus antepasados! ¡Yo, por mi parte, no puedo menos de envidiarle! (Coloca una maleta sobre una sombrerera de cartón, y la aplasta) ¡Naturalmente! ¡Ya está!... ¡Si lo sabría yo! (Sale).

Iascha: (Con ironía) ¡Veintidós desdichas!

Varia: (Desde el otro lado de la puerta) ¿Se llevaron a Firs al hospital?

Ania: Se lo han llevado, sí.

Varia: ¿Y por qué se ha dejado aquí la carta para el doctor?

Ania: ¡Habrá que mandársela en seguida a ver si le alcanza! (Sale. Hablando desde la habitación inmediata) ¿Dónde está Iascha? ¡Hay que decirle que está ahí su madre, que viene a despedirse de él!

Iascha: (Con gesto de fastidio) ¡Cuánto le hacen a uno perder la paciencia!... (Durante todo este tiempo, Duniascha ha estado trajinando junto a las maletas, y ahora que Iascha se ha quedado solo, se acerca.)

Duniascha: ¡Si siquiera una sola vez me hubiera mirado, Iascha!... ¡Se marcha usted!... ¡Me abandona! (De un movimiento impulsivo, se cuelga, llorando, a su cuello.)

Iascha: ¿Y qué necesidad hay de llorar? (Bebe champaña) dentro de seis días estaré otra vez en París. Mañana tomaremos el tren rápido y pronto nos encontraremos lejos... ¡Casi no puedo creerlo!... "Vive la France!"...¡Esto no me va!... ¡Aquí no puedo yo vivir!... ¡No hay nada que hacer!... ¡Ya he tenido bastante ración de ignorancia! (Bebe champaña) ¿Para qué llorar?... Si se comporta como es debido, no llorará.

Duniascha: (Empolvándose el rostro y mirándose en el espejito.) ¡Mándeme una carta desde París!... ¡Le he querido, Iascha!... ¡Le he querido tanto!... ¡Soy una criatura delicada, Iascha!...

Iascha: Viene gente. (Se pone a trajinar junto a las maletas, canturreando a media voz.)

ESCENA III

Entran Liubov Andreevna, Gaev, ania y Scharlotta Ivanovna

Gaev: Ya es hora de marcharse. Queda muy poco tiempo (Mirando a Iascha) ¿Quién huele aquí a arenque?

Liubov Andreevna: Dentro de unos diez minutos deberemos subir a los coches. (Recorriendo la estancia con la mirada). ¡Adiós, casa querida!... ¡Vieja abuela!... ¡Pasará el invierno..., llegará el verano...; pero tú ya no existirás!... ¡Te habrán derribado!... ¡Cuántos vieron estas paredes!... (A su hija, besándola con efusión) ¡Tesoro mío! ¡Cómo resplandeces! ¡Los ojos te brillan igual que dos diamantes!... ¿Estás contenta? ¿Mucho?

Ania: Mucho... ¡Una nueva vida empieza ahora, mamá!....

Gaev: (Contento) En efecto, ahora está todo bien. Antes de la venta del jardín de los cerezos nos encontrábamos nerviosos..., sufríamos..., pero luego, una vez resuelto todo definitivamente..., irremisiblemente..., nuestros ánimos se tranquilizaron y hasta se pusieron más alegres... Yo soy ahora empleado de un Banco... Todo un financiero... "¡Con la amarilla al centro!"... ¡Y tú, Liuba, pese a todo, tienes mejor cara, eso es indiscutible!

Liubov Andreevna: Cierto, así es. Mis nervios están mucho mejor. (Le traen el sombrero y el abrigo) Duermo bien... ¡Iascha! ¡Ya puede ir sacando las maletas! Es la hora (A Ania) ¡Mi nenita querida!... ¡Pronto volveremos a vernos! Me voy a París, donde viviré con el dinero enviado por la abuela de Iaroslav para la compra de la hacienda... ¡Viva la abuela!... ¡Pero ese dinero no durará mucho tiempo!

Ania: Volverás muy pronto..., ¿verdad, mamá?... ¡Yo, mientras tanto, me prepararé para examinarme en el colegio, aprobaré y me pondré a trabajar para ayudarte!...,¡Leeremos juntas, mamá, una serie de libros!... ¿Verdad que sí?... ¡Las veladas de otoño nos las pasaremos leyendo! ¡Leeremos muchos libros y un mundo nuevo y maravilloso se revelará a nuestros ojos!... (Con acento soñador) ¡Vuelve pronto, mamá!

Liubov Andreevna: ¡Volveré, tesoro mío! (Abraza a su hija)

ESCENA IV

Entra Lopajin, Scharlotta canturrea una cancioncilla a media voz.

Lopajin: ¡Qué feliz se si ente Scharlotta! Está cantando.

Scharlotta: (Cogiendo entre los brazos un envoltorio cuya forma recuerda la de un niño en mantillas) "¡Duerme, nenito

mío!"... (Se oye un llanto de niño "¡Uaa!... ¡Uaa!") ¡Cállate, mi niño!... ¡Calla, guapito! ("¡Uaa!... ¡Uaa!"...) ¡Me da mucha penita oírte! (Arroja el envoltorio a su sitio) De modo que ya saben... Por favor, búsquenme una colocación. Así no puedo seguir.

Lopajin: No se preocupe, Scharlotta Ivanovna, que ya se la buscaremos y se la encontraremos.

Gaev: ¡Todos nos dejan! ¡Varia también se marcha! ¡Resulta, de pronto, que nadie nos necesita!

Scharlotta: Yo no tengo dónde vivir en la ciudad... Bueno..., ya es hora de marcharse. (Canturrea) ¡Es igual!

ESCENA V

Entra Pischik

Lopajin: ¡Ya tenemos aquí a este fenómeno de la Naturaleza!

Pischik: ¡Déjenme respirar! ¡Estoy agotado! ¡Muy buenos días!... ¡Me dan un poco de agua!

Gaev: ¿A qué vienes, por dinero?... Yo, por si acaso, me marcho... (Sale)

Pischik: Hace mucho que no vengo a su casa, encanto (A Lopajin) ¿Tú por aquí? ¡Cuánto me alegra verte!... ¡Eres un hombre de inteligencia poderosa!... Toma. Cógelos. (Tendiendo dinero a Lopajin) Son cuatrocientos rublos. Quedo debiéndote ochocientos cuarenta.

Lopajin: (Acostumbrado y encogiéndose de hombros) ¡Le parece a uno estar soñando! ¿De dónde los has sacado?

Pischik: Espera... ¡Qué calor hace!... Es todo un acontecimiento extraordinario... Figúrense que ayer vinieron a verme unos ingleses que parece ser han encontrado en mi tierra arcilla blanca... (A Liubov Andreevna) Para usted también, encanto mío, traigo cuatrocientos ... (Entregándole el dinero) El resto vendrá más tarde (Bebe agua) En el vagón venía ahora contando un joven acerca de un gran filósofo que aconseja saltar del tejado al suelo... "Salta -dice-, que el problema es ese"... (Asombrado) ¡Figúrense!... Denme más agua.

Lopajin: ¿Y qué ingleses son esos?

Pischik: Unos a quienes arrendé por veinticuatro años un terreno arcilloso... Pero ahora, perdónenme. no tengo tiempo que perder. He de marcharme corriendo. Tengo que ir a ver a Snoikov..., a Kardamodov... A todos debo

dinero.... (Bebe) ¡Que siga la buena salud! El jueves volveré.

Liubov Andreevna: nosotros nos vamos ahora mismo a la ciudad, desde donde mañana saldré para el extranjero.

Pischik: ¿Cómo?... (Inquieto) ¿Por qué a la ciudad?... ¡Ah, sí..., claro!... Esos muebles... Esas maletas... ¡Qué se le va a hacer!... (Saliéndosele las lágrimas) ¡Qué se le va a hacer!... ¡Esos ingleses son de una inteligencia enorme!... ¡Qué se le va a hacer!... ¡Que sean muy felices!... ¡Dios los protegerá!... ¡Qué se le va a hacer!... ¡Todo tiene su fin en este mundo!... (Besando la mano de Liubov Andreevna) Y cuando llegue a sus oídos que yo también he tenido el mío, acuérdese de este... caballo..., y diga: "En el mundo existió un día un tal Simeonov-Pischik... Descanse en paz"... -¡Qué tiempo más maravilloso tenemos! Sí... (Presa de fuerte azoramiento, abandona la estancia, pero vuelve a entrar en el acto para, deteniéndose en el umbral de la puerta, añadir:) Dacheñka les envía muchos recuerdos. (Sale)

Liubov Andreevna: Ya podemos marcharnos... Me llevo dos preocupaciones: de ellas, la primera la enfermedad de Firs. (Mira la hora) Aún tenemos cinco minutos.

Ania: Firs, mamá, ha sido enviado al hospital. Lo llevó Iascha esta mañana.

Liubov Andreevna: Mi segunda pena es Varia. Está acostumbrada a levantarse temprano y a trabajar, por lo que ahora, sin ocupación, se encuentra como el pez fuera del agua... La pobre ha adelgazado..., palidecido..., y no hace más que llorar. (Pausa) ¡Usted lo sabe muy bien, Ermolai Alekseich!... Y había soñado con casarla con usted..., que además, a juzgar por las apariencias, parecía que iba a casarse con ella... (Murmura algo al oído de Ania, está hace una seña a Scharlotta, y ambas salen). Le quiere..., y a usted también le agrada, pero, no sé por qué, parece como si huyeran ustedes el uno del otro...No lo comprendo.

Lopajin: Yo tampoco lo comprendo, a decir verdad... ¡Es algo tan extraño! Si aún quedara tiempo, ahora mismo estaría dispuesto a... En fin, terminemos de una vez, porque si no, estoy viendo que, sin su presencia, no me declararé.

Liubov Andreevna: ¡Magnífico, entonces! ¡Para esto basta un minuto! ¡Voy ahora mismo a llamarla!

Lopajin: Además, hay aquí champaña para el caso. (Después de examinar las copas) Están va cías, Se lo ha bebido alguien. (Se oye toser a Iascha) ¡Qué manera de aprovecharse!

Liubov Andreevna: (Con animación) ¡Magnífico! ¡Vayamos nosotros!... ¡Iascha! "Allez!"... Voy a llamarla (Dirigiendo su voz a la puerta) ¡Varia! ¡Déjalo todo y ven acá!... ¡Ven!... (Ella y Iascha salen)

Lopajin: (Consultando el reloj) Sí... (De detrás de la puerta llega un murmullo de risas contenidas y, por fin, entra Varia).

Varia: (Después de largo rato de inspeccionar el equipaje) ¡Qué raro! ¡No puedo encontrarlo!

Lopajin: ¿Qué busca usted?

Varia: ¡Yo misma lo he empaquetado, y ya no recuerdo dónde lo he metido (Pausa).

Lopajin: ¿Y adónde se dirige usted ahora, Vaarvara Mijailovna?

Varia: ¿Yo?... A casa de los Regulín. He convenido con ellos que iré a governarles la casa...En calidad de algo así..., digamos..., como ama de llaves.

Lopajin: ¿En Iaschnevo? ... Eso estará a unas setenta "verstas". (Pausa) ¡He aquí que terminó la vida en esta casa!...

Varia: (Paseando la mirada por el equipaje) ¿Dónde podrá estar?... O quizá lo he metido en el baúl... Sí... ¡La vida en esta casa terminó!.... ¡Ya no volverá más!...

Lopajin: Yo me marcho ahora a Jarkov... En este mismo tren... Tengo pendientes una porción de asuntos... Aquí dejo a Epijodov... Lo he tomado a mi servicio.

Varia: Perfectamente.,

Lopajin: El año pasado por estas fechas estaba ya nevando... En cambio, ahora todavía hay calma y sol... ¡Lo único, que hace frío!... Alrededor de los tres grados bajo cero.

Varia: No he mirado el termómetro. (Pausa) El nuestro, además, se ha roto (Pausa).

Una voz desde el patio: ¡Ermolai Alekseich!

Lopajin: (Como quien hace mucho tiempo espera esta llamada) ¡Ahora mismo voy! (Sale rápidamente. Varia, sentada en el suelo y con la cabeza descansando sobre el envoltorio de los vestidos, solloza quedamente. La puerta se abre y Liubov Andreevna entra con paso cauteloso)

Liubov Andreevna: ¿Qué?... (Pausa) Hay que marcharse.

Varia: (Que ya no llora, y cuyas lágrimas se han secado) Sí... ya es hora, mamaíta. Aún no me da tiempo de ir a casa de los Regulín. Lo interesante es no llegar con retraso al tren.

Liubov Andreevna: (Dirigiendo la voz a la puerta) ¡Ania! ¡Vístete!

ESCENA V

Entran primero Ania; luego, Gaev, cubierto de un abrigo recio y de un "baschlik" [4] y después Scharlotta Ivanovna. Entran también los criados y los "javoschik" [5] Epijodov trajina junto al equipaje.

Liubov Andreevna:	¡Ya podemos ponernos en marcha!
Ania:	(Alegremente) ¡En marcha!
Gaev:	¡Mis queridos amigos! ¡Mis queridos amigos!... ¡Al abandonar esta casa para siempre, ¿cómo dejar de expresar, en mi despedida, los sentimientos que en tal instante inundan todo mi ser?...
Ania:	(Suplicante) ¡Tío!... ¡No hay que...!
Gaev:	(En tono abatido) "¡Con la amarilla al centro!" ... ¡Me callo!
Trofimov:	Bueno, señores... Hay que marcharse ya.
Lopajin:	¡Epijodov!... ¡Tráeme el abrigo!
Liubov Andreevna:	¡Quiero sentarme aquí un minuto más!... ¡Me parece no haber visto nunca cómo son las paredes de esta casa..., sus techos..., y ahora los contemplo con un ansia tremenda..., con un amor lleno de ternura!
Gaev:	Yo me recuerdo a los seis años -en el día de Pentecostés- sentado junto a esa ventana y viendo a mi padre salir para la iglesia.
Liubov Andreevna:	¿Se han llevado ya todo el equipaje?...
Lopajin:	Creo que todo. (A Epijodov, mientras se pone el abrigo) Tú, Epijodov, cuida de que todo se mantenga aquí en orden.
Epijodov:	(Con voz ronca) Pierda cuidado, Ermolai Alekseich.
Lopajin:	¿Por qué hablas así?
Epijodov:	Porque bebiendo agua me tragué, sin duda, alguna cosa.
Iascha:	(En tono despreciativo) ¡Ignorancia!
Liubov Andreevna:	Cuando nos marchemos nosotros, no quedará aquí un alma.
Lopajin:	Hasta la primavera.
VAria:	(Sacando de un tirón un paraguas del envoltorio y blandiéndolo en el aire, como si fuera a pegar a alguien, en tanto que Lopajin finge asustarse) ¡No se apure! ¡No tenía intención!
Trofimov:	¡Salgamos, señores, y subamos a los coches! ¡Ya es hora! ¡El tren está para llegar!
Varia:	¡Petia!...¡Aquí están sus chanclos! ¡Al lado de la maleta!... (Con los ojos llenos de lágrimas) ¡Qué sucios los tiene usted! ¡Y qué viejos!

[4] Especie de gorro bufanda
[5] Cochero de coche de alquiler

Trofimov: (Poniéndoselos) ¡Vamos, señores!

Gaev: (Muy azorado y teniendo echarse a llorar) ¡El tren!... ¡La estación!... ¡"Croiser" al centro!... "¡La blanca al rincón!"...

Liubov Andreevna: ¡Vámonos!

Lopajin: ¿Están aquí todos? ¿No queda nadie por ahí? (Cerrando la puerta de la izquierda) Las cosas están aquí reunidas. Hay que cerrar, ¡Vámonos!

Ania: ¡Adiós, casa!... ¡Adiós, vieja vida!...

Trofimov: ¡Salve, vida nueva! (Sale con Ania. Varia, tras pasar la mirada por la estancia, abandona ésta con paso lento. Iascha y Scharlotta salen también, tirando del perrito).

Lopajin: ¡Hasta la primavera, entonces! ¡Salgan, señores! ¡Hasta la vista! (Sale, Liubov Andreevna y Gaev han quedado solos. Diríase que esperaban, temiendo a ser oídos de los demás, ese momento para arrojarse el uno en brazos del otro y estallar en unos sollozos bajos y contenidos)

Gaev: (Con acento desesperado) ¡Hermana mía! ¡Hermana mía!...

Liubov Andreevna: ¡Oh, mi querido, mi dulce, mi maravilloso jardín!... ¡Mi vida, mi juventud, mi felicidad!... ¡Adiós!...

La voz de Ania: (Con alegre llamada) ¡Mamá!

La voz de Trofimov: (Animada y gozosa) ¡Uuu!...

Liubov Andreevna: ¡Ya vamos! (Salen. El escenario queda vacío. Se oye cerrar con llave las puertas, partir los coches. Reina el silencio. de pronto, en medio de él, retumba un sonido solitario y triste; el del golpe de hacha descargando sobre el árbol. Suenan pasos)

ESCENA VI

La puerta de la derecha se abre y entra Firs. Viene vestido como de costumbre, con chaqueta y chaleco blanco y calzado de zapatillas. Está enfermo.

Firs: (Acercándose a la puerta, hace girar el picaporte) Cerrada... Se han marchado. (Sentándose en el diván). ¡Se olvidaron de mí!... ¡Qué importa!... Me estaré aquí sentado... Seguro que Leonid Andreich no se puso la pelliza, y lleva solo el abrigo... (Suspirando) ¡Y yo sin poner cuidado!... ¡Juventud, juventud!... (Masculla algo ininteligible) ¡Pasó la vida!... ¡Se le figura a uno no haber vivido! (Tumbándose) Me echaré un poco... ¡Ya no te quedan fuerzas, ya no te queda nada!...¡Pobre de ti!... ¡No eres más que un patoso!... (Permanece echado, inmóvil. Se oye un sonido lejano que parece

venir del cielo... Sonido moribundo y triste, semejante al de la cuerda de un instrumento al romperse. Se hace el silencio, escuchándole solo, como a lo lejos, en el jardín, el hacha golpear sobre el árbol. Telón)

F I N